

LA SOCIEDAD TEOSOFICA

fundada en New York en 1875 por

H. P. BLAVATSKY

La Sociedad no se cree capaz de establecer inmediatamente la fraternidad universal. Sólo se propone crear el núcleo de semejante cuerpo. Muchos de sus miembros creen que el conocimiento de las religiones y de las filosofías del mundo revelarán, junto con el principio común y fundamental que las unifica, esa "identidad espiritual de todas las almas con la super-alma", lo cual constituye la base de la verdadera fraternidad; y muchos también creen que la comprensión de las fuerzas más sutiles de la naturaleza y del hombre, confirmarán la misma idea.

Su organización es enteramente antisectaria, sin credo, sin dogma y sin ninguna autoridad que la enseñe o imponga. Tampoco se hace responsable de las opiniones de sus miembros, de quienes se espera que observen hacia las creencias de los demás la misma tolerancia que desean para las propias.

Se adoptó, por la Convención de la Sociedad, celebrada en Boston en abril de 1895, la resolución siguiente:

"La Sociedad Teosófica, por sus delegados y miembros reunidos en Convención, proclama, por este medio, su fraternal voluntad y sentimientos benévolos hacia todos los estudiantes de Filosofía y miembros de las Sociedades Teosóficas, como quiera y donde quiera que se encuentren. Y así mismo proclama y afirma, con las referidas personas y sus organizaciones, su sincera simpatía y acuerdo en todos los asuntos teosóficos, excepto en lo que respecta a gobierno y en punto administrativo; y los invita a su correspondencia y cooperación.

"Ofrece espontáneamente sus servicios, y envía sus más fervientes saludos, a todos los hombres y mujeres de cualquier casta, color, raza y creencia religiosa, que aspiren a la adquisición de la paz, de la cultura, de la simpatía desinteresada de los unos a los otros, del conocimiento del hombre y de la naturaleza, para la elevación y el progreso de la raza humana.

"Declarando su confraternidad, une su mano a la de todas las religiones y cuerpos religiosos, cuyos esfuerzos se dirijan a la purificación del pensamiento del hombre y al mejoramiento de sus costumbres. Y tendrán gratitud, a las sociedades científicas y a los investigadores de la sabiduría en cualquier terreno, y sean cuales fueren los medios que consideraren justo seguir, por aquellos descubrimientos y revelaciones de la Verdad que sirven para proclamar o confirmar una *base científica de la ética*".

Y finalmente, invita a formar parte entre sus miembros a todos los que, buscando en adelante vida más elevada, desean conocer el *sendero* de ella.



ॐ



DHARMA

REVISTA TEOSOFICA

PUBLICADA POR LA RAMA "VENEZUELA"

CARACAS

VENEZUELA



SUMARIO

	Páginas
El Karma de las Naciones, <i>Del "Quarterly"</i>	129
Fragmentos, <i>Cavé</i>	141
Notas, <i>Román Grim</i>	150
Cartas que me han ayudado, <i>William C. Judge</i>	156
Sobre la pantalla del tiempo, <i>Del "Quarterly"</i>	164
Caridad del pensamiento, <i>O. Niniceo</i>	178
Dos fieles amigos, <i>Del "Quarterly"</i>	187
La Teosofía y la cultura física, <i>John Schofield</i>	191
Recortes de historia	193
Preguntas y Respuestas	198
Ecós y Notas	201

La Oficina Central y Local de la Rama "Venezuela" de la Sociedad Teosófica

sita Norte 3, número 33, Canóncigos a Esperanza,

está abierta todas las noches, especialmente los miércoles y los sábados, menos los domingos, de 7 a 10, y a sus reuniones, estudios, &, puede asistir todo el que lo desée, sin necesidad de previa presentación ni pertenecer a la Sociedad.—Es un punto de reunión para todo investigador sincero de los problemas de la vida, donde se expone todo género de opiniones, de un modo completamente libre y amplio, como ha de ser lo compatible con el ideal de bondad y tolerancia que son de libertad y cultura bien entendidas.

Hay una Biblioteca orientalista bastante extensa para el estudio de los concurrentes.

SE INVITA a los miembros a enviar preguntas, o respuestas a preguntas, opiniones y notas sobre asuntos teosóficos. Cuidarán de escribir claramente, en sólo una plana del papel. Hacemos extensiva esta invitación a cuantos aspiren a conocer el concepto teosófico acerca de cualquier materia de filosofía, o religión, o de los muchos problemas de la vida. Diríjanse las comunicaciones al Norte 3, número 33, Salón de la Rama "Venezuela." CARACAS.

DHARMA

PUBLICACION TRIMESTRAL

ORGANO DE LA

RAMA "VENEZUELA"



SUSCRIPCION ANUAL: B 5.00



REDACCION Y ADMINISTRACION:

NORTE 3. NUMERO 38.

CARACAS.



SUSCRIPCION ANUAL: B 5.00

SEGUNDA EPOCA

"Ninguna opinión de persona alguna puede estar por sobre la opinión de nuestra propia conciencia".

H. P. BLAVATSKY.

A excepción de los documentos oficiales, la Rama "Venezuela", de la S. T., como tal, no es responsable de las opiniones o declaraciones que publique esta Revista, sea quien fuere quien las autorice.

Año III

Caracas: marzo de 1916.

Núm. 12.

El Karma de las Naciones

(Del Quarterly).

Si aceptamos la opinión expuesta en el *Theosophical Quarterly*, de octubre de 1915, tocante a la guerra: de que representa, en efecto, una gigantesca, oculta batalla que se libra entre la Logia Blanca y la Negra, entre los poderes de la luz y de las tinieblas; y si reflexionamos sobre esto, veremos que, inevitablemente, el espíritu de cada nación comprometida en la guerra, se probará hasta el extremo; que serán reveladas, de modo infalible, tanto las ocultas virtudes como las ocultas deficiencias; que por dilatados tiempos venideros se juzgará a las naciones por sus hazañas en esta guerra. Las ilusiones que se formen ellas respecto de sí mismas, carecerán de valor alguno. Ellas no son de otra manera que como las ve la Gran Logia; y conforme sean, en esa medida recogerán las consecuencias. Esta es una razón de por qué la guerra, tal vez, tenga larga duración, más larga de lo que suponemos nosotros. Se necesita llegar a la plenitud del proceso de fermentación y fundición. Habiendo distribuido los Altos Poderes las piezas de la obra, las verán representadas hasta su término.

De aquí se sigue, también, que si una nación o un grupo de naciones se han dedicado a servir de agentes de la Logia Negra en esta lucha trascendental—si deliberadamente han escogido la crueldad, la impureza, la traición, la mentira—entonces, qué difícil es imaginarse un Karma más terrible que éste. Lo que al fin y al cabo se implica con esto, podemos quizás, demostrarlo por un ejemplo. En cierta parte del mundo existe una región, cuyos habitantes, después que alcanzaron un grado muy alto de civilización material y política, incurrieron en aquel mismo delito, esto es, se entregaron como nación a los terribles Poderes del Mal. Y como nación desaparecieron. Su mismo nombre se ha olvidado. Y la zona que ocuparon, un paraíso sobre la tierra en cierto tiempo, aparece ahora como un inmundado y horroroso desierto, donde crecen tan sólo plantas venenosas, mala vegetación cubierta de espinas, y la única vida que le resta consiste en alacranes, nocivos insectos, reptiles ponzoñosos. La naturaleza ha maldito ese lugar, de modo que ninguna vida benigna encuentra allí abrigo alguno. Y así debe quedar todavía hasta que se cumpla su tiempo de purificación.

De igual manera todos aquellos que se entregan a la Logia Negra, ora por participación directa, o por apoyar lo que saben que es malo, tendrán que pasar largos períodos de dolor, hasta que, como resultado de sus sufrimientos, se den cuenta del mal que hicieron; y al arrepentimiento y la reparación seguirá la rehabilitación lenta y ardua, debiendo de avanzar el culpable tres pasos por cada paso hacia atrás que hubiese dado.

Así, pues, para la nación o las naciones que abren sus puertas a los Poderes del Mal, el castigo será necesariamente severo. Y ni un sólo hombre, ni una sola mujer se cuenta entre estas naciones sin que sea debido a su propio Karma, a su libre y deliberada elección en alguna crisis moral. Han pecado contra la humanidad por haber tomado puésto en la fila de los crueles, demoníacos enemigos de ella; y a no ser por sus traiciones en las humanas filas, tendrían poca potencia para dañar. Han pecado contra ellos mismos, porque la elección que han hecho, envuelve la peor prostitución de sí mismos. Han pecado contra la Logia Blanca, porque, en último análisis, lo que pone término al avance de sus pecados son los esfuerzos y sufrimientos de la Gran Logia.

Y la única esperanza que resta a ellos se cifra en la compasión de la Logia Blanca. Que no pidan justicia nunca, porque la justicia para ellos significa la condenación. Que pidan misericordia, que se arrojen bajo la piedad de los Poderes Santos. He ahí su única puerta de salvación.

Por supuesto que a estas naciones se les reserva un castigo de tal especie que las obligará a pedir misericordia al cielo. Sólo así puede cumplirse la ley divina. Y como existe poca probabilidad de que la presente guerra ahonde lo bastante en los corazones, hasta compelerlos al arrepentimiento por medio de la miseria extrema, tenemos que afrontar la terrible realidad de que otras guerras puedan sucederse todavía con los mismos antagonistas, hasta que sea satisfecha la medida de los dioses. En caso de que hoy resultare insuficiente el castigo, generaciones futuras continuarán traidoramente las mismas esperanzas inicuas. Pero las futuras generaciones, pro genie de las que ahora se les oponen a aquéllas, se les opondrán de nuevo si permanecen fieles, y les aplicarán el castigo. Si ese castigo resultare completo y decisivo, dándoles a los culpables la convicción del mal producido, sólo así se impone la posibilidad, bajo la ley divina, de que las actuales naciones renegadas sobrevivan como tales, y escapen de la completa desintegración.

Pero es de importancia vital tener presente esto: que el fiero ardor fundente de esta gran hora kármica exteriorizará lo que se mantiene oculto en otras naciones también, ya de bueno, ya de malo, combatientes o neutrales. Y las naciones que, según su modo de pensar, no han "hecho nada," absteniéndose por cobardía o por engaños de la vanidad, descubrirán, al contrario, que sí han hecho mucho en pro de su propia degradación. Porque escrito está que: La inacción en una obra de caridad es acción en un pecado mortal. Y existen naciones que acogiendo a una cobardía que tratan de santificar, han estado sordas a los reclamos del sufrimiento y del dolor, prefiriendo la continuación de su retiro, o lavándose las manos con la actitud de la célebre "neutralidad" histórica.

Así, también, cuanto a los beligerantes: lo que mantienen oculto se exteriorizará. Lo dicho en secreto se proclamará desde las torres. Tal poder penetrante y escrutador tiene la temible ley kármica. Procuremos, pues, ver el Karma de ciertas naciones como los fuegos de la prueba que les están ya exteriorizando.

El Imperio británico.

Citemos el caso del Imperio británico. Su unidad, la unidad de sus partes constituyentes, la India, los dominios de ultramar, la Unión del Africa del Sur ahora poco organizada, se ha mostrado, con mucho, más fuerte, más firmemente arraigada, más profunda que la que sus enemi-

gos esperaban y creían. Esa unidad descansa, de modo fundamental, sobre un formidable principio de ética: sobre el acatamiento y obediencia de la ley, y en menor grado, sobre el culto de la libertad fundado en la ley. En último análisis: para sostener la ley de rectitud entre las naciones, la suprema ley del honor, con tanta brutalidad violada, fue por lo que el imperio británico entró en la guerra. Y precisamente porque reconocen esa rectitud con toda reverencia, los dominios de ultramar se han mostrado en esta ocasión, en una actitud admirable, desvaneciendo en absoluto la vana ilusión de discordia que, con ansia a la vez violenta y tonta, creían y propagaban sus enemigos.

Tomemos el caso de la India, la tierra para la cual todos los amantes de la Ciencia Sagrada, sienten intensa reverencia, el país nativo de muchas grandes almas. Toda la India sabe, desde el primer Príncipe del Imperio, señor de un reino igual a cualesquiera de los del Occidente, hasta el más humilde labrador, el campesino que trabaja en sus siembras de arroz, lo mucho que se debe al genio conservador inglés. Naciones, gente, tribus, costumbres, religiones, todo, como un depósito sacro, se ha conservado y protegido por los gobernadores ingleses de la India; y cuando despunte el día en que ella reasuma su santo derecho como gran poder espiritual, reconocerá que a Inglaterra debe la posesión continuada de su genio nacional.

Tomamos también el caso de los extensos dominios del Canadá, Sud Africa, Australia, cada uno de éstos, deudores, por su Constitución y su ley orgánica, del poder legislativo y del genio de Inglaterra. Estos extensos dominios—las naciones de las edades venideras—saben, con clara percepción, lo que deben al Imperio y la parte que les toca en su notable destino. Por lo tanto, se han colocado, por elección consciente y deliberada, del lado de los Poderes de la Justicia; porque la reverencia de la ley, del deber, del honor, es un principio fundamental de la Gran Logia Blanca.

Pero el fiero, penetrante Karma de la guerra, el “ardor fundente de la prueba”, ha exteriorizado grandes debilidades, tanto como fuerzas maravillosas. El sentimiento imperial, sirviendo de base a todo, se ha elevado a una grandiosa oportunidad; pero también se han promovido disputas sobre lamentables trivialidades, durante el tiempo de la guerra, y vergonzosas campañas de propaganda en beneficio propio, bajo el pretexto de un patriotismo superior. Ha habido—y quizá sea éste el peor elemento exteriorizado en Inglaterra—una actitud de un todo indigna y

baja, de crudo egoísmo y grosero provecho propio, entre aquellas mismas clases que una reciente legislación ha tratado de favorecer diligentemente. La legislación socialista ha producido la Némesis que siempre va detrás de esos movimientos materialistas que sólo se interesan por sí. Aquellos a quienes se les dió la mano han tratado, con avidez, de apoderarse del brazo todo, gesto que demuestra, sin duda, la inspiración y móvil de aquel para quien primeramente se creó este proverbio.

Otra gran debilidad que la guerra ha revelado en Inglaterra es la siguiente: una especie de ineptitud para apreciar claramente los importantes problemas estratégicos militares, o sea la falta de imaginación espiritual que ha producido a los grandes soldados. Si somos verídicos en nuestra conjetura de que esta guerra es, en un sentido más profundo, la guerra de la Logia, entonces los generales ingleses que están peleando, resultan acusados de incapacidad para comprender los planes de la Logia, o de cierta ceguera y corto conocimiento para percibir directas e insistentes indicaciones espirituales. No se explicará esto por la razón de que en el curso de ociosas, regaladas generaciones, esos hombres con todo su acatamiento por la ley, con todo su genuino acatamiento por el honor, fueron indiferentes a la vida del mundo espiritual; y por esto mismo, en cierto grado, han decaído y muerto sus ojos internos, o su poder para percibir, con claridad, las cosas del espíritu?

Pero, aun así, su suerte, su condición a la luz de la ley kármica, aparece infinitamente feliz en parangón con la de aquellos que, con intenso afán, indagaron las leyes de las cosas invisibles con el fin de prostituir las hasta aplicarlas a perversos usos, del mismo modo que estudiaron, con una especie de devoción demoníaca, los misterios de la ciencia, de la mecánica, de la psicología, para descubrir nuevos venenos, nuevos instrumentos de crueldad, nuevos y diabólicos terrorismos. Comparado con esta actitud vigilante hacia el mal, es envidiable la soñolienta indiferencia del afortunado inglés.

Imposible considerar a la Bretaña sin decir algunas palabras tocante a la isla hermana que, en un pasado muy remoto, tuvo nobles elementos de grandeza espiritual, obscurecidos, hace tiempo, por una vanidad traidora y ardorosa. Hay un excelente indicio, esto es, mucha más lealtad, muchísimo más valor verdadero que lo que esperaban los profetas del mal; pero mucho, muchísimo falta todavía, antes de que se pueda decir que se afirma y establece sólidamente la vida nacional. Apenas existen buenas promesas.

El Imperio ruso.

Ahora toquemos esa nación que figura entre los amigos de la ley y del honor, cuyo imperio casi emula al de Inglaterra en sus vastas expansiones, patria de la mayor, y en cierto sentido, de la más homogénea de las razas blancas. Aquí se han exteriorizado grandes debilidades a la vez que muy brillantes dones, casi en igual proporción. Coloquemos el dedo sobre la peor, la más peligrosa de las debilidades: la falta de honor personal, esa ceguera en lo referente al deber de la honradez personal, especulando con las necesidades y exigencias de la nación. Hay que asentar el hecho de que la conciencia individual de esta gran sociedad todavía no se halla despierta a las demandas de la ley del espíritu, ni anda en armonía con ella, en parte por su juventud, por su estado embrionario y elemental, y en parte porque faltó en su historia la época de la caballería que, de manera tan acentuada, profesó el principio del honor, del servicio desinteresado hacia el ideal, de las manos limpias en el cumplimiento de toda obligación. No se cuenta entre sus millones de hombres número bastante en quienes confiar el desempeño de elevadas responsabilidades con un puro espíritu del deber.

¡Pero, por otro respecto, circula a través de toda la vasta nación un alto fervor religioso que le permite interpretar, a cabalidad, las amplias razones espirituales de la guerra, y ver la luz y preferirla a las tinieblas. Y si escasean los administradores y agentes que practiquen el noble ideal de rectitud personal, en cambio millones de entre los hombres humildes ofrendan sus vidas gustosa y valientemente, con olvido espléndido de ellos mismos, a conciencia de que se ofrecen en holocausto a la misma causa del Maestro a quien, como nación, adoran con fervor. Y por causa de ese intenso fervor, soportaron la prueba nacional (cuyo origen inmediato exterior consistió en la falta de preparación y por descuido en la compra de municiones de guerra) de ver sus ejércitos vencidos en el campo, sus fortalezas derruidas, sus territorios ocupados. Todo resultará bien si esa interesante lección objetiva la aprenden cordialmente, y si arrancan con valentía la debilidad generadora

Pero, con todo eso, no aparecen elementos de maléfica vanidad, de envidia traidora, de crueldad, de tiránico terrorismo, o culpables de hondos pecados contra Dios y el hombre, pecados que ofrecen fácil entrada a los Poderes Negros, a estos negros poderes cuyo único propósito se contrae a destruir todo vestigio de vida espiritual en la humanidad, desde

luego que cada chispa espiritual en el hombre constituye una amenaza de su extinción inexorable.

Las pequeñas naciones.—La Logia egipcia.

Hay pequeñas naciones en la guerra que, sin embargo, sobresalen por su grandeza en el sufrimiento, por su grandeza en aquel valor insuperable, caro al corazón de los Maestros. Su sufrimiento da la medida de su purificación. Y aunque esté su población masculina más que diezmada, y sólo quedare una parte, debemos tener presente que aquellos que han pasado por los fuegos purificadores de una muerte valerosa, ya por motivos de un ardiente amor patrio, ya víctimas de la fiera cólera de brutal y cruel dominación, cada partícula de su heroico patriotismo se conservará en el aura magnética de su país y se aprovechará en la lucha, haciéndose ellos mismos capaces, por la suprema ventaja de esa purificación, de terminar la obra principiada tan gallardamente .

Se extiende en la zona de la guerra una región que, por causas kármicas, tiene una significación especial: la región que pertenece, o pertenecía hasta ahora poco, al Imperio turco, y que arranca del Egipto, pasa por la Palestina, hasta Constantinopla y Macedonia. Por edades esta región ha constituido lo que se pudiera llamar un territorio colonial de la Logia egipcia. Los Iniciados egipcios comunicaron algunos de sus antiguos secretos a Solón, de quien pasaron a Platón y por éste recordado en su historia de la Atlántida. Después, durante el período que terminó con Platón, vino el Avatar Occidental, relacionado esencialmente con la Logia egipcia, y, por decirlo así, trató de reencarnar la vida substancial de esta Logia en el campo del Imperio romano.

Como parte de ese esfuerzo, el apóstol Pablo, agente de la Logia egipcia, trabajó mucho sobre el sud-este de la zona de guerra. Neapolis, donde desembarcó en respuesta del grito de Macedonia, es el puerto de Kavala sobre el Egeo; Filipos, sobre cuya ribera tomó asiento, y desde la cual habló de los misterios que ardían en su corazón, estaba sobre el río ahora llamado en turco, Kara-Su, el Agua Negra; Filipos le sirvió con tanta lealtad que él le escribió una carta inmortal:

“Y sabéis también vosotros, oh Filipenses, que al principio del evangelio, cuando partí de Macedonia, ninguna iglesia se comunicó conmigo en razón de dar y recibir, sino vosotros solos. Porque aun a Tesalónica me enviásteis lo necesario una y otra vez... Regocijaos en el Maestro

siempre; y de nuevo os repito: Regocijaos. Y la paz de Dios, que sobrepaja todo entendimiento, guardará vuestros corazones y vuestro entendimiento en Cristo Jesús." Los dos mil años transcurridos no agotan la potencia de una bendición semejante, pronunciada por la autoridad de Pablo, en su carácter hierático.

La Tesalónica de que habla Pablo es, por supuesto, Saloniki o Salónica, donde los ejércitos de las naciones occidentales están ahora mismo buscando su entrada en Macedonia. A los discípulos de esta parte escribió Pablo, no una, sino dos cartas: "Tesalonicenses: habéis sido ejemplo de todos los que han creído en Macedonia y en Acaya; pero también en todo lugar vuestra fe en Dios se ha extendido... Y el mismo Maestro de paz os dé siempre paz en toda manera. El Maestro sea con todos vosotros. Salud de mi mano, Pablo, que es *mi signo* en toda carta *mía*: así escribo."

De Atenas puede decirse ahora casi la misma cosa dicha y pensada por Pablo mismo. Sin embargo, toda esta región es, como lo hemos expresado, territorio colonial de la Logia egipcia. Pero es un Karma que no se exhausta fácilmente, y siempre hay posibilidades de resurrección. Podemos ver, al mismo tiempo, que ese Karma demuestra una completa preparación del terreno por medio del incendio de la cizaña cruda y espesa. Entre ese grupo de pequeñas nacionalidades hay traiciones, vanidades, perversa ambición, crueldad. Cada una de ellas provocará su castigo kármico; y si el terreno, en efecto, hay que prepararlo para un nuevo esfuerzo de la Logia, como es muy posible, entonces la purificación tendrá que ser tan enérgica y eficaz como las pruebas del discipulado, tan eficaz y enérgica como las pruebas sufridas por Pablo, el discípulo, en esas mismas ciudades: "Y las multitudes se levantaron contra ellos; y los magistrados rompieron sus vestidos y mandaron a que los golpearan. Y después de haberlos azotado bastante, los arrojaron en la prisión..."

Así, pues, veremos la ola de la guerra, de los sufrimientos, disminuir y crecer por algún tiempo allí todavía. Y en cuanto al éxito, podemos pensar en que pocos pecados castiga la Logia más severamente como la traición. Porque ese pecado es de la esencia misma de los Poderes del Mal.

Francia.

Llegamos, ahora, por fin, al único poder que del fiero y ardoroso fuego de la prueba surge resplandeciente, el poder cuyas superiores cualidades espirituales (reconocidas generalmente como un honor duradero de la humanidad) señalan a su poseedor como a la nación dominante del mundo por largas épocas venideras. De este poder se halla uno en capacidad, al fin, de hablar con entusiasta admiración y gratitud, ya que se trata de la bien templada, probada, espléndidamente eficaz espada en la mano del Maestro. No hay alabanza tan grande que no merezca, ni promesa para el futuro tan elevada que no sea posible de realizarla esa tierra, y hasta de sobrepasar a toda promesa, porque Francia está pisando el umbral de su grandiosa regeneración. En su pecho, en su alma brillante prospera, en cuanto a los días que han de venir, la esperanza de la humanidad.

¿Será posible que una nación experimente un profundo cambio interior sin que el mundo lo perciba? Pero la cosa más digna de nota es que todos los que han visto sus soldados, han sentido súbita y plenamente la misma admiración entusiasta y profunda hacia ellos, y algo más significativo aún: han apreciado el poderoso impulso espiritual que está revelando el verdadero corazón de Francia. Y hasta la nación más neutral, sin ninguna alta inspiración de valor propio, ha escogido precisamente este tiempo para correr el velo, en su ciudad más importante, de la estatua de la Doncella de Francia; y Rudyard Kipling, nunca inclinado a admirar extraños, ha hecho la confesión de que se sintió movido a arrodillarse delante de los soldados del ejército francés.

Pero el testimonio aun más notable, porque ahonda llegando más a la raíz de las cosas, es el de Edith Wharton, quien publicó un notable libro sobre la guerra. Dice Mrs. Wharton que en la víspera del primer ataque del enemigo, la unánime actitud francesa se indicó por estas palabras: "No queremos guerra—*mais il faut que cela finisse*—pero esta amenaza eterna tiene que terminarse." Con esa determinación los franceses principiaron la tarea, y ha sido, desde entonces, la base de su severo valor. Pero el "tono de Francia," como Mrs. Wharton lo designa, ha pasado por varias fases. Los primeros días de la guerra estuvieron llenos de una especie de confusa confianza, ni vana ni fatua; pero muy distinta a la clara e inteligente tenacidad desarrollada unos pocos

meses más tarde. El dominio propio era la más notable característica de la gente. Los que se reunieron para mirar la primera bandera alemana capturada, se mostraron silenciosos, como dándose cuenta de lo que costaría para guardarla y añadir otras a ella.

“Después de seis meses de batallar, los soldados franceses de las trincheras, hasta el más joven, impresionaron a la autora con la posesión de una mirada de serena autoridad. Todas sus idiosincrasias, mezquindades, vulgaridades, han sido consumidas en la gran llama del propio sacrificio.

“Una de las observaciones más notables de Mrs. Wharton es que, aun en los pocos meses transcurridos, hasta la fisonomía de los franceses ha cambiado. Esto la impresionó en todo el frente occidental, lo mismo que en los Montes de los Vosgos. No están rotas simplemente las barreras artificiales entre los hombres de las diferentes clases sociales, sino que es completa su fraternidad moral y mental. Todos son relativamente jóvenes y sus fisonomías tienen esa mirada que la guerra ha concedido en ellas, mirada de intensificada inteligencia, de voluntad fortalecida, de juicio sobrio como si todas las voluntades, tres veces vivificadas, estuvieran tan concentradas sobre un punto único que los asuntos personales parecen relegados hasta desaparecer en el horizonte de la gran perspectiva... Descendiendo la montaña, en la obscuridad de la selva, aquella mirada nos siguió, y mientras desfilábamos por el borde de la hondonada abierta entre los ejércitos, sentimos que allá, en el lado más distante de la línea divisoria, estaban los hombres que habían hecho la guerra; y en el lado de más acá, los hombres a quienes la guerra había hecho.”

Ese emocionante testimonio, lleno de discernimiento, es muy digno de una cuidadosa consideración; porque Mrs. Wharton es, por naturaleza, de espíritu algo seco y escéptico; y porque ya ha escrito sobre Francia admirablemente, según el concepto que Francia le mereció antes de su gran iniciación. Lo que se ha logrado por medio de esa iniciación, ella lo expresa en términos excelentes: “A medida que han pasado los tardíos meses, aportando una calamidad sin semejanza en los humanos anales, no se han disminuido en toda Francia el alto temple de sacrificio, sino que a grados se ha ampliado, intensificándose hasta la exaltación, la energía, la cálida resolución de dominar el desastre.” No niega la escritora que se han sucedido notas de desaliento, de madres y viudas

a quienes el conflicto, por la muerte de algún sér querido, ha tornado idiotas. Pero los casos no han culminado a tanto como para romper el tono nacional. La gran mayoría esconde su desesperación y parece decir en cuanto al esfuerzo heroico de la nación: "Aunque muera, aun confiaré." Esto, dice la autora, constituye el triunfo más noble de Francia: sus miradas de corrientes ardorosas fluyen de tantos corazones—insensibles por el sufrimiento—que por muchas manos muertas es alimentada su lámpara inmortal.

Es digno también de nota que los escritos sobre Francia hayan ahondado y transformado el alma de esta historiadora, infundiendo en sus venas una nueva vida espiritual. Semejante transformación se ha observado en muchos franceses quienes, en pasados años, escribieron a menudo para obscurecer el genuino espíritu de Francia. Entre estos ninguno ha escrito mejor que el comandante Viaud ('Pierre Loti'), la algo madura sentimentalidad de cuyos libros se ha convertido en una pura llama espiritual. Hace pocas semanas escribió los párrafos con que terminaremos estas Notas y Comentarios:

"Cuando sobre el andén de la estación, donde se enfilan hombres para el frente, encontramos alguna joven mujer reteniendo sus lágrimas en los ojos llenos de angustia y valentía, con un niño en sus brazos, venida para dar el último adiós a un soldado que viste el uniforme de las trincheras, digamos: a ese, cuyo retorno será tan anhelado, la bala del enemigo, sin duda, acechará mañana para arrojarle sin nombre, entre millares de otros, en uno de aquéllos montones de muertos, de leite del enemigo, quien tanto se complace en aumentarlos más y más.

"Cuando, en especial, vemos que pasan luciendo sus nuevos uniformes azules nuestras "clases más jóvenes," nuestros hijos amados, que marchan magníficamente con una orgullosa alegría en sus ojos juveniles, y ramilletes de rosas en la boca de sus fusiles, ¡oh! revolvamos nuestra santa venganza contra aquellos que los están acechando, más allá; y contra aquel gran maldito, *que tiene la noche por alma*...

"Todavía divisamos la avenida con su verde yerba, tan quieta a la luz mortecina de la tarde, desde este reducto abovedado, donde para poder ver es preciso levantar periscopios de acero; pero no oímos más a los bárbaros, ni hablar, ni moverse, ni respirar; únicamente retenemos la tristeza inquieta, o mejor, la desalentada tristeza de sentirlos tan cerca.

“Pero para que vuelvan la esperanza y la alegre fe, basta revolver nuestros pasos por entre estos corredores subterráneos, hasta donde yacén los soldados tomando su cena de la tarde, casi terminada, a la bella luz crepuscular. Allí, tan pronto como llegamos a alguna distancia del enemigo para que nuestros soldados conversen, para que rían libremente, nos encontramos, de súbito, bañados en santa alegría, en consoladora y absoluta confianza. Allí brota la verdadera fuente de nuestro poder irresistible, allí se tiemplan y retiemplan los prodigiosos resortes de nuestros ataques intrépidos, de nuestra victoria final. Lo que primero llama la atención alrededor de estas mesas, es la admirable buena inteligencia, la especie de afectuosa familiaridad, entre los oficiales y los soldados. Hace largo tiempo nos hemos acostumbrado a esto en la armada, donde las largas ausencias y los peligros compartidos en nuestros estrechos cascos, nos acercan, por fuerza, los unos a los otros; y creo que mis camaradas del ejército de tierra no se ofenderán conmigo si digo que esa familiaridad, tan compatible con la disciplina, es un poco más nueva para ellos que para nosotros. Es uno de los beneficios reservados a ellos en la guerra de las trincheras, obligados como están a vivir más próximos de sus soldados y a hacerse por éstos querer más. Ya conocen a casi todos sus camaradas subalternos, los llaman por sus nombres, conversan con ellos como amigos. De modo que cuando las horas solemnes del asalto llegan, cuando en vez de arrearlos a golpes de látigo como sucede entre los salvajes del otro lado, ellos marchan delante a la manera francesa, tienen poca necesidad de volverse para ver si todos los están siguiendo. Se hallan bien seguros, además, de que si caen, estos humildes compañeros no vacilarían en llegar hasta ellos, a todo riesgo, para defenderlos y conducirlos fuéra.

“Debemos, pues, a esta guerra sobrehumana, y, en particular, a esa vida en común de las trincheras, esa unión que nos hace grandes, esas mutuas devociones tan sublimes que nos compelen a arrodillarnos delante. ¿No deberemos también, en algún grado, a esa vida de las trincheras, a esas prolongadas e íntimas conversaciones entre oficiales y soldados, los relámpagos de belleza que han venido a penetrar todas las inteligencias hasta la menos receptiva y más ruda? Ahora saben estos nuestros soldados, hasta el último entre ellos, que nosotros, franceses, nunca hemos sido tan dignos de admiración como hoy, y que la gloria de Francia los ilumina a todos; saben que una raza cuyos corazo-

nes se han despertado de ese modo, es indestructible; y que tierras neutrales, hasta aquellas que más ciegas parecen, terminarán algún día por comprendernos claramente, dándonos el eximio nombre de libertadores.

“Oh! invoquemos una bendición sobre estas trincheras nuestras, donde se mezclan todas las clases sociales, donde se forman amistades que parecían imposibles ayer, donde los “hombres de sociedad” han aprendido que puede, el alma del rústico, del artesano, del mecánico, ser tan fina y noble como la de un caballero gentil, y hasta más interesante, por más original, más transparente, más limpia de vanos atavíos. Trincheras, corredores subterráneos, oscuros, estrechos laberintos, pequeños rincones de sufrimientos y abnegación, en ella tendremos nuestra mejor y más pura escuela de unidad social. Pero por esta palabra, tan profunda, quiero significar, como bien se comprende, la verdadera unidad social, la sinónima de tolerancia y fraternidad, que, en una palabra, Cristo vino a darnos en la clara fórmula, cuya admirable sencillez suma todas las fórmulas: “Amaos los unos a los otros.”

Fragmentos

De Cavé.

Un discernimiento más claro apareja mayor responsabilidad—no lo olvides—y una responsabilidad que afecta a los otros más que a tí. Cuida, entonces, de que lo externo no oscurezca lo interno, porque tu lámpara debe llevarse en alto para que los demás la vean, o si no la vieren, de continuo la sientan

No confundas, entonces, lo externo con lo interno. Aunque lo externo sea cabal y rico, ten presente que es así porque a través de ello lo interno *resplandece*. Así, pues, mira a lo que resplandece. Ni tristeza ni desaliento allí residen, sólo una plenitud de realización que no concibes, y un poder y una fuerza que te elevarán por encima de aquellas confusiones a un seguro lugar propio. Has sido demasiado rígido con tu naturaleza inferior. Eso conduce a peligrosas reacciones. Un sereno, constante esfuerzo es mucho mejor, desechando todo pensamiento de resultados. Trata a tu mente como a un niño; condúcelo firme pero suavemente, y de todos modos y en todos los tiempos fortalece tu fe.

* * *

Tu instrumento no debe ser igual a otro instrumento. No se necesita duplicarlo. La clase especial tuya es la que se requiere; y ningún defecto constituye la parte en que difieres de los demás, sino que, por el contrario, te sirve, si perfeccionado, para hacer el trabajo propio tuyo que los otros no pueden ejecutar.

Por medio de estas lágrimas de sangre aprenderás; por medio de tus sufrimientos adquirirás el poder de ayudar a tus compañeros. ¿Qué te importa la aprobación o desaprobación de nadie? Trabaja y espera, y todo estará bien.

* * *

Desciende a las profundidades de tu sér. Allí encontrarás todo. No sigas a nadie. Obedece a la voz interna.

* * *

La felicidad más real se halla en el profundo, *interno* estudio de los grandes misterios de la naturaleza y de la vida, tratando así de encontrar los mejores medios por los cuales el alma pueda expresarse; y en un constante cumplimiento de estos medios de expresión, una vez encontrados. Si se aprende a ver y sentir esto, y su verdadera significación, la obra está realizada. Esfuérate, pues, para que se realice en tí; porque sólo podemos enseñar a los demás lo que sabemos, y son una misma cosa ese conocimiento y la experiencia. La luz divina brilla para todos: toma de ella la parte que te corresponde, e iluminando primero tu propio corazón, será entonces tuyo el poder de iluminar a los demás. Ten en cuenta que las palabras no son necesarias. Estas cosas se hacen en silencio. Aquellos en medio de los cuales vives, sencillo e ignorado, recibirán la luz simplemente por tu presencia. No es lo que tu dices y haces, sino lo que *eres*, lo que deja su sello indeleble sobre cada carácter que encuentres tanto como sobre la plenitud del tiempo. El Espíritu desea expresarse en su reflexión: tu vida. Vive de manera que eso se realice. Piensa y actúa de manera que puedas servir de canal para que las cosas superiores desciendan a los planos inferiores.

* * *

Medita sobre lo que deseas saber. . . . No busques fuera, busca dentro de tí todo conocimiento. Comprendes lo que esto significa, no que se menosprecien los libros, sino que la información obtenida de ellos debe

ser *desentrañada dentro*, examinada, probada. Estudia todas las cosas desde este punto de vista, y lo más externo o físico te conducirá, a un tiempo, al conocimiento más espiritual.

* * *

El deber no es un ogro, sino un ángel. Cuán pocos así lo comprenden. La mayor parte oscurecen su concepto como hacen con el de conciencia.

* * *

Las tristezas, las desgracias, son nuestras oportunidades. Pudiéramos verlas así! Muy avanzado se halla quien las ve de esa manera. Quien así plenamente lo comprende, llega.

* * *

La fuerza de la Logia obrando en un puro, devoto corazón, liberta el alma y le permite hablar. Las verdades eternas resuenan perennemente en los planos espirituales y el alma las repite a la mente pura que anhela oír.

* * *

Para aquellos que ven, nada importan la obscuridad o la luz. En los momentos de elevación cuán claro es esto, cuán tristemente oscuro otras veces. Esto te demostrará, quizás, el valor de los momentos elevados, y el gozo de los que los viven siempre.

Sé tú lo que ames. Procura después lo que concibas como bello y alto, y abandona lo demás. Toma de normas la armonía, el sacrificio, la devoción, exprésalas dondequiera y del modo más elevado posible. Quién podrá medir o limitar el poder y la belleza de una vida semejante?

* * *

¿No puedes vivir, de tal modo, que sintiendo el gran corazón del mundo que late en torno tuyo, ese sentimiento expreses hasta en los más pequeños detalles?

No haya nada frío ni cínico en tu visión de la vida. Ten compasión y piedad en ella, confiando que algún día a tus ahora oscurecidos ojos su misterio y dolor te serán descifrados. Siente, siente con cuanto llora, con cuanto sufre, y descubre tú la belleza hasta en el más pequeño fragmento de la vida. Deja que las propias trémulas fibras de tu corazón te enseñen a pesar la angustia de los otros corazones, y a vivir para mitigarla. El

dolor es nuestro mejor maestro. Por lo tanto, no lo temas ni huyas de él, viene con un misericordioso designio. Sal a su encuentro, aun temeroso, pero reverente, paciente, resueltamente. Sólo así se puede aprender la lección, y de las obscuras horas, pasadas con él, surgirá una luz que muestre la senda a los pies vacilantes, y te infunda el poder de confortar y consolar. Y en la paz de ella comprenderá y será colmado tu corazón.

Cuánta falsa interpretación, cuánto concepto erróneo hay tocante a estas cosas, hasta en las más entusiastas, en las más devotas almas. Estas se ciegan de un todo, compelidas por su intensidad emocional, y en la *ansiosa caza* de nuevas experiencias no ven que siguen sólo sus propios deseos, y pierden lo real por lo ilusorio. De aquí el desaliento nace, y sin embargo, las fuerzas de ese modo generadas pueden usarse para los fines más elevados, siempre que esté a favor del engañado lo bueno de la intención. Pero recuerda ¡oh discípulo! que en el silencio aquellas cosas se ejecutan y reconocen, y sólo en el silencio. Pocos, en verdad, comprenden cuan completo este silencio debe ser, pocos, o aquellos que una vez conocieron su paz. *Toda excitación es psíquica*, y aunque estos remolinos de fuerza te envuelvan en su descenso, debes aprender a mantenerte firme en medio de ellos. sin sentir atracción ni repulsión, porque de otra manera se forjarán cadenas que te arrastrarán hacia su centro. Muchos hay que necesitan esta lección. . . . todos, más o menos, la necesitan. La gran fuerza obra doblemente, y debes permanecer sereno, no pasivo o inactivo sino imperturbable. Debes aprender a gobernar tus emociones tanto psíquicas como físicas.

Mantén tus propósitos e ideales clara y constantemente. Porque si deseas la verdad, de seguro que la poseerás; si amas la virtud, obrarás virtuosamente, aunque todo parezca conspirar contra tí. Ten presente esto en los momentos de confusión y dificultad, y permanecerás imperturbable en medio del desconcierto y de las tinieblas.

Mido, por el silencio, no sólo la profundidad de un alma, sino también su altura.

Conserva la armonía en tu alma y así se difundirá en los demás, porque sus efectos son más poderosos de lo que te imaginas, y más extensos sus alcances.

Por el amor de la obra y devoción de la causa, mata todo pensamiento sobre el yo, toda ambición personal, las mezquinas sospechas, las suspicacias que rompen las melodías del corazón.

Escucha el gran canto de amor, de compasión, de ternura; y espaciándote en él, olvida las sombras pasajeras. Unido, armonioso, su poder es ilimitado. Sin esto nada podemos hacer.

Haz, entonces, que tu tono en el gran instrumento suene puro y claro, porque de otro modo desacordará. Detrás de nuestras penas y sufrimientos, detrás de semejantes sombras, se dilatan las divinas armonías de la realidad. Busca estas armonías, y una vez encontradas, no las pierdas.

La divina armonía de la Logia surge de nuestros corazones en oleadas poderosas, que percibiríamos si supiéramos escuchar.

Búscala y escúchala en las horas de meditación, puesto que nunca cesa; y tuyos serán un poder y una paz inexpresables y divinos.

De aquí nace la sabiduría, la sabiduría de las cosas espirituales, *el dón de lenguas y el fuego que sana*.

Es éste el canto de la vida en que se refunde toda la naturaleza, de modo que alcanzando el corazón de la naturaleza alcanzamos el corazón del todo, y allí leemos los más sagrados misterios del sér.

No desmayes, no vaciles en el esfuerzo de oír ese canto siempre. Ten presente que los lamentos de dolor que llegan, de continuo, a tus oídos, no son sino la disonancia que acrece la pureza de la música, disonancia sólo para los oídos inexpertos. Y en algún tiempo te será dado oír toda esta grandiosa sinfonía, oyéndola primero en tu propio corazón, después en el corazón del universo.

Oh doliente, batalladora humanidad! cuyos ojos no saben sino de lágrimas, a cuyos oídos no llegan sino disonancias, ciega y sorda, una infinita compasión te ampara.

Despierta y escucha. Voces internas repiten la armonía sublime. Haz cesar. por un momento, tus conflictos y oirás una promesa de salvación. La paz y el poder son tuyos, paz divina, poder omnipotente.

Mira! tu liberación ha llegado. La luz resplandeciente, la hora está cerca. La naturaleza clama ruidosamente con todas sus voces.

No más en vano se afanará y fatigará la humanidad. Los pies del hombre encontrarán el sendero que conduce a las gloriosas alturas nirvánicas.

Hay dos maneras de adquirir instrucciones ocultas: la una, porque se necesitan para el adelanto, por ser imposible ese adelanto sin ellas; y luego, porque se necesitan para otro, para la enseñanza de otra persona. En ambos casos es en obediencia de una necesidad.

Hay sólo una prueba de carácter: el efecto que producimos en otros. Este es un pensamiento solemne, digno de nuestra más profunda consideración. Cada persona con quien nos comuniquemos debe ser mejor después de ese contacto, debe recibir inspiración e impulso hacia una vida más elevada. En nuestra atmósfera deben ellas respirar el aire de las altitudes eminentes y columbrar los destellos de la celeste gloria. Nada importa lo que digas, porque bajo tus palabras otra voz habla: la voz del Yo interno. ¿Soy yo el guardián de mi hermano? Sí, ciertamente; y si así no lo entiendes ahora, Karma te lo probará con el tiempo. No hay medio de eludir este deber primario. Eso se decide por lo que somos, y no por lo que hacemos. Nuestra simple presencia en un cuarto deja una huella indeleble que influye, no sólo sobre los que están inmediatamente presentes, sino también, de modo vario aun cuando a un mismo grado, sobre los que entraren en él. Hazte cargo, en absoluto, de que las más distantes partes del universo son diferentes porque tú existes.

Y una vez tuya tan estupenda idea, sé humilde, no orgulloso, aunque ante su estimuladora contemplación la divinidad surja en tí con acrecentado poder.

Espera, y mientras estés esperando, observa, óra, y no desdeñes ningún trabajo. Porque por humilde, por insignificante que ese trabajo te parezca, es digno de hacerlo si verdadero, y si lo ejecutas con espíritu de consagración. Así la vida se vuelve luminosa y los enigmas se aclaran. Y en sencillo se convierte lo complejo.

Nunca desconfíes ni sospeches de nadie. Si te engañan, Dios te recompensará si das de tu bondad al ofensor. Y así con el tiempo se arrepentirá y cambiará.

Las experiencias de la vida llegan lentamente, una a una. Cada experiencia trae su lección y su promesa. Recíbelas. Estas son las verdaderas piedras miliarias del camino, no los años; y la edad de un hombre debe computarse por su grado de sensibilidad y de conocimiento. El que ha bebido de la fuente de la juventud, y conocido, sabido, experimentado todo, conserva la frescura de su corazón, y la muerte lo hallará con el rocío de la mañana en el rostro. Para éstos no existe la muerte; y de semejantes criaturas es el "reino de los cielos".

Mantente siempre dispuesto a renunciar todo amor. Esto es: nunca debes cesar de amar, pero no permitas que las fibras de tu corazón se entrelacen, de tal modo, con alguna circunstancia de tu vida, que te impida el hallarte pronto, instantánea y valerosamente, a renunciarla, cuando así se demande. El corazón humano no debe estar embotado ni endurcido por el dolor. No permitas que tu desapego de las pruebas te induzca a semejante idea. No debes sentir *menos sino más*. No debes sufrir *menos sino más*. Tienes que perfeccionarte en la paciencia, aprender a renunciar, de un todo, a tu corazón y tu voluntad hasta en el momento de la más intensa agonía.

Una de las falsas actitudes de la mente que impide al hombre ordinario vivir correctamente, es la rigurosa división del tiempo en pasado, presente y futuro. En verdad, sólo el presente existe. Contiene, por una parte, el pasado en cuanto a que en cada momento somos el resultado de todo lo sucedido anteriormente, y contiene también el futuro porque cada día que llega se colora con las esperanzas venideras. De este modo experimentamos a los tres perpetuamente; pero para su correcta consideración deben ser vistos como un todo coherente, sin las rupturas engendradas por las ilusiones de la vida material. Esfuérzate en ver las cosas de esta manera precisa, haciendo así más armoniosos y unidos tus pensamientos. La ilusión del tiempo es una de las mayores, mayor que la de espacio o distancia, una faceta de la gema de Mara que ofusca, en sumo grado, nuestros ojos. Ejercita la mente en esta forma de visión, conforme harías con tu mano para una labor preciosa; porque el arte de vivir es de todas las artes la más delicada, y requiere perfecto equilibrio para todo acto correcto. La ilusión del tiempo perturba la fijeza de la voluntad, y la uni-concentración de la conciencia individual.

Cada momento tiene su deber, y en el leal cumplimiento de este deber radica la satisfacción de tu vida. Quizás te lleva a grandes éxitos, o sólo te mantenga en la cansada monotonía de la vida común. Qué te importa esto? La superficie de las cosas no tiene parte ninguna en tu consideración. Lo que sobrevive después de la desaparición de todo lo demás, es el deseo con que el hombre estaba trabajando y no los resultados de su obra. Siempre perdura el bien que amaste y serviste; y casi se extingue, a menudo, el bien que procuraste hacer. Tú que has aprendido algo de paradojas me comprenderás perfectamente.

La meditación no es la inacción. Quien así piense, yerra. Pero lo que vive en la acción es el motivo y el deseo. La forma que tomó pasa, como pasa toda forma, pero su espíritu reencarna y llena de poder y esplendor todas las otras formas que tuvieron su origen en él.

El discípulo halla una gran tranquilidad al entrar en la vida superior, porque su vida es su meditación, no sus actos; y cuando de corazón, de mente, de plena conciencia percibe el significado de esta idea, entonces, en verdad, contempla un nuevo cielo y una nueva tierra.

En el silencio de una vida profunda y fuerte hay grandes fuentes de energía; y ya sabiamente o no, todos los que se aproximan a esa vida, se fortalecen. Te basta, si puedes esas fuentes encontrar en tí; te basta, si puedes conservarlas límpidas y frescas, no importa lo que diga el mundo. Porque esta es la genuina ensecanza, la que perdura, y sin ella son vanas las palabras y los actos. Lo que vives, lo sabrán con el tiempo los hombres. Y su poder sobre ellos será mayor si lo encuentran en sí mismos, y no emanando de tí ni de ninguna otra fuente. Las orillas que crecen a las orillas del río deben su vida a la fresca corriente, pero el río no las toma en cuenta, contento sólo de cumplir la ley de su propio sér y de buscar el océano.

Así, muchas veces, hacemos más por los otros, no pensando en ellos, sino simplemente procurando, en cada momento, lo mejor y más alto. El bien, por lo tanto, fluye a través de nosotros y alcanza, por esta impersonalidad, mayor eficacia. De esta suerte, quisiera que desearas que el bien se cumple antes que seas quien lo realice.

La Verdad es una, inmutable, eterna, la raíz de todo cuanto existe, aquélla que falsas apariencias no pueden ocultar. Nada puede agre-

garse a la Verdad, ni nada puede quitársele, ni ningún esfuerzo de los hombres o de los dioses la afecta. Desde la eternidad ha sido y será así, existiendo antes de que los mundos se formaran, continuando existiendo cuando los mundos dejen de ser; porque la Verdad es la verdadera vida de Dios. Y aun esta Verdad es tan varia, tan multicolora como las mentes que la perciben, y las mentes jamás podrán verla idénticamente igual. Ten en cuenta, por lo tanto, que todas estas verdades son meramente aspectos de la Unica, y al considerarlas así no te preocupes más por ellas. No busques esta verdad o aquélla, sino tu propia verdad, la que vive en las profundidades de tu naturaleza, la que sólo tú puedes encontrar, y cuyo hallazgo constituye el propósito de tu sér. Porque en la forma que la Verdad es la vida de Dios, tu verdad es la vida de tu propio espíritu, y esa vida forma tu herencia e inmortalidad. Estas son "las aguas vivientes", las "aguas de la vida eterna".

Procura beber sólo de la fuente originaria y no de abajo donde la corriente pura está inficionada por los antojos y locuras de la mente inferior. Y una vez que hayas bebido, aprende lo que significa la caridad, debiendo tener presente que conforme la verdad de tu hermano no existe para tu alma, tampoco la tuya existe para él; pero que, sin embargo, ambas son una misma en vuestros corazones, no importa lo diverso que puedan parecer. Porque la Verdad es una, inmutable y eterna.

Qué significa para tí la vida, oh buscador de inmortalidad? ¿Qué significa para tí vivir por siempre, y medir la existencia por eternidades, no por años? Ciertamente que alzas la cabeza entre las estrellas, y te llamas "viajero del cielo," porque te sientas en la asamblea de los dioses, y sostienes la creación en el hueco de tu mano. Sin embargo, aunque te preguntara por aquellos viajes excelsos, por las conversaciones que tuviste, por la música de las esferas, por lo que te enseñaron los Espíritus Planetarios, no podrías decírmelo; porque el "Yo" que está dentro de tí, envuelto por el mundo de las sombras, arrastrado por el polvo de la existencia física como una hoja por el vendaval (cenizas de extinto fuego del pasado), no sabe de aquellos acontecimientos sublimes. Todo recuerdo de la Vida ha sido olvidado en la tirantez y violencia del vivir, y es tan sólo el eco de tus sueños lo que te pertenece de lo Real.

Por lo tanto, cuando la vida de vigilia se convierte para tí en un sueño, y los sueños toman la intensidad del pensamiento consciente,

sabe que tu alma está en capullo en el jardín de la Vida Eterna; que te cobija, muy de cerca, con las alas extendidas, el Espíritu en su Triángulo de oro, y que despunta el místico momento en que el botón, bajo la gran refulgencia de aquella gloria áurea, se abrirá en la flor perfecta, llena de la inmortalidad. Entonces el "viajero del cielo" no caminará sino volará, caballero en Kala Hansa, la Grande Ave. Así la vida se da, y se gana la Vida.

Los poderes del alma son muy diversos, y a menudo, para obtenerlos, aparecen como obstáculos antes que como ayuda, la posesión de poderes psíquicos.

El alma no ve con los ojos psíquicos más de lo que ve con los físicos. Ni tampoco oye más con los oídos psíquicos. Para la adquisición del conocimiento espiritual, el primer paso consiste en la conquista de sí mismo, en el dominio, en todos los planos, de ambos instrumentos físicos y psíquicos. La puerta del conocimiento espiritual permanece irrevocablemente cerrada, excepto para aquél que ha logrado ese dominio, porque él sólo es capaz de "tocar."

—♦♦♦—
Notas

Román Grim.

II

Porque cree en el bien, no por un simple capricho de creer en algo, sino por la convicción consciente y honrada nacida del estudio y conocimiento de la ciencia ética. De aquí que el teósofo, conforme lo hemos insinuado arriba, maneje un conjunto de recursos morales que lo distinguen, con mucho, de cualquier otro miembro de las distintas escuelas de la cultura occidental.

En vía de comparación, y como de paso, invoquemos el ejemplo de un individuo adscrito al credo de la Iglesia romano católica. Este bien puede creer por varias razones: por mera consecuencia a la tradición doméstica, por índole sectaria que gusta del acomodo fácil de los sistemas dogmáticos antes que de los sistemas abiertos o investigadores, y también por apego ingenuo y simpático a la elevación de las cosas de Jesús; pero sean cuales fueran los motivos generadores de su relieve de creyente, carece sin duda de un motivo científico. No es difícil constatar un hecho se-

mejante respecto de los demás centros educadores entre nosotros. El medio en que nacieron y crecieron explica tanto al católico como al protestante, o al devoto de la Iglesia griega. Quizá el judío crea, entre otras causas de fuentes diversas, por una fiel razón étnica, por el poder de la herencia que aporta el prestigio integrador de zozobras comunes y de comunes nostalgias, a lo largo de las más singulares peregrinaciones históricas. Se es creyente por una inclinación que se nos dió de niño, por una inclinación aceptada, porque fue el camino que encontraron nuestros pies al saltar de la cuna, o por multitud de iniciativas de un género secundario después. Pero no se nos dió junto con esa inclinación la clave explicativa de ella. La mano que desató nuestra fuente por el cauce, sólo repite, en un exacto remedo mecánico, el impulso precedente que desató la suya.

No existiendo, pues, una educación radicalmente ética que prepare y mejore, en un toque hábil de sembrador, las raíces de nuestros destinos, todos vamos distribuyéndonos, cual más, cual menos, la profunda inconsciencia del movimiento inicial. Se ve claro, así, que la influencia que recibimos viene sin examen de la parte del exterior, en la forma de un tratado completo de fórmulas y actitudes convencionales que nos convierte en imitadores, o en una especie de resorte puramente maquina en el mecanismo religioso de la humanidad. Esto nos ha conducido a rendir una reverente consideración a las rodillas que se doblan delante de una imagen cualquiera, a la plegaria de resonantes alardes, a las cuentas del rosario, y a la pompa de las vestiduras del sacerdote. Más se aprecia la cantidad que la intensidad de las oraciones, y el fervor imitado, la cabeza unguida de mansedumbre, los brazos sumisos sobre el pecho, todos estos ademanes del cuerpo, que el poder infinito de un voto puro y secreto a los dioses inmortales. Parece que todo denunciara el rasgo típico e incontrastable de una edad, de una civilización, la civilización y la edad del formalismo como pauta del hombre en sus relaciones con la tierra y el cielo, formalismo que teje y entreteje sus hilos desde el altar hasta las curvas inferiores y más oscuras del alma de las multitudes. Degeneró en ceremonias, composturas, gestos reglamentados, en la mímica del culto externo, lo que debió ser piedra y agua viva. Y de esa suerte la perla toda pureza del Maestro perdió el tesoro diáfano de su oriente en el tono lúteo y lerdo de la arcilla.

Era de esperarse que ese conjunto de circunstancias originase la enérgica actitud reaccionaria del pensamiento moderno, actitud lógica,

inevitable, una vez extinguida, para ceguedad de todos, la lámpara del sagrado resplandecer en la casa mística. Todos tenemos presentes el brío de aquel gran duelo, sin parecido en ningún siglo, hasta que mudas las religiones, ya inútiles como norma, guía y doctrina, no les quedó más recurso que irse a inhumar bajo el olvido de los mármoles piadosos la muerta leyenda de sus divinidades. Entonces, y no exageramos las líneas del cuadro, el sentido moral se redujo a un débil rumor clásico, sin luz ni substancia. De estos hechos todos hemos sido contemporáneos. Somos testigos de que la victoria de la ciencia no aparejaba ninguna victoria ética, sino, antes por el contrario, desvaloró el concepto de la vida hasta resolverla en un sencillo fenómeno de la mecánica universal. Un fuerte olor de yerba nociva subía de la tierra. De los laboratorios, de los anfiteatros, del grupo ardiente de los filósofos, hasta de los mismos poetas, corrió la marea violenta de una propaganda en favor de la supervivencia del más apto y en detrimento del más débil. La teoría se enderezó contra toda caridad y abnegación, y después no llevaban los vientos sino los sermones del odio a todas partes. El hombre peleó contra el hombre su derecho de señorío, de tierra, de fortuna, de capacidad, su derecho a la supervivencia. Peleó duras peleas, en las diversas latitudes, y siempre, hasta el punto de tener mucho más valor, muchísimo más, un artículo de economía, un tren de cañones, un puñado de monedas que la grandeza de un limpio fulgor espiritual. En libros y periódicos, en el tumulto rudo de los apostolados, las teorías del superhombre, del individualismo absorbente, del imperialismo, del pueblo amo, del empuje dominador, testimoniaban los diferentes aspectos en que se había difundido la noción primaria de la supervivencia del más capaz. Esta capacidad no se refería como fuera de justicia al más selecto, al más virtuoso, al más brillante ejemplar de nobleza, desde luego que sólo se resucitaba, sobre el escenario del momento, el ensueño del bárbaro que salía del hueco de sus montañas hacia la inquietud bélica de la tienda nómada; y ese ritmo primitivo, así evocado del remoto fondo ancestral de la raza, extendía y afirmaba su vigor y preponderancia en la sangre y en la médula y en el alma del Occidente. No era ya una fórmula sólo circunscrita al individuo. Desde aquí trascendía vencedora hasta elevarse a la compleja amplitud de una fórmula colectiva. "Yo primero que todo" le dijo el hombre al hombre, y en esa misma arrogancia se fundó la nacionalidad y el criterio continental. Era, de esa manera, difícil que surgiese de la propia naturaleza de las cosas la visión humana,

la visión regocijada, desprevenida, lejos o por encima de las peculiaridades subyugantes del panorama del nacionalismo; y los estadistas, ya por imperio de las circunstancias o por una insalvable y terca tradición agresiva, en vez de entretejer intereses reintegradores por medio de la hábil acción sabia de disminuir las diferencias y de acrecentar las semejanzas, vigilaban desde sus aceros la hora o el año en que debía decidirse a qué manos pasaba, a la postre, la magnitud del cetro único, o la hegemonía cesárea, incontrovertible y universal.

Los antecedentes que conspiraban a explicar ese aspecto de los sucesos no es difícil advertirlos en la ausencia de un claro, de un firme sentido de moralidad. Se percibe el vacío de una conciencia moral, imperativa, motora, que vibre en la misma substancia de la psiquis de individuos y sociedades, hasta el grado de que las estreche y ate, con la solidez de una soldadura sagrada, en armonía y en fuerza. Falta la filosofía moral que diga al niño, al adulto, a las generaciones por qué se debe ser bueno de todo bien, por qué se debe ser justo de toda justicia, por qué se debe ser noble de toda nobleza, y que a los ojos de esas generaciones, de ese adulto, de ese niño, la filosofía desenvuelva las líneas del esquema con la nitidez irreprochable de una ecuación algebraica. Falta, para expresarlo en un resumen, la certidumbre ética científica, mentalizada, cordializada con la necesidad y seguridad de una función lógica de la vida. Así lo pregonan, en coro, multitud de voces que ascienden de todas las cuerdas heridas del alma moderna. De los humildes, de los poderes, de las religiones cuyas fuentes están secas, de las academias frías, de todos los sistemas, ascienden las voces angustiadas. No parece sino que tuviera mucha hambre, mucha sed de cielo, la tierra; y ascendiendo de todas partes las voces, con la ingenua, la espontánea emoción de una plegaria contrita, por último, se concentran y re funden, para rudamente sacudir las mismas raíces de los siglos futuros, en el bravo, en el hondo trueno dantesco del drama contemporáneo.

Adrede hemos abordado este punto para que resalte la diferencia que separa al hombre de la vieja civilización del mancebo que trae en los labios la frescura de la buena nueva, la verdad definitiva de una ética científica en la mente, la religión en el corazón y la rosa del espíritu en el vaso de la vida. Hablamos del teósofo. Y hablamos de él con sobra de experiencia, por estudio comparativo, en el curso de algunos años, de hombres y escuelas, de culturas, de pueblos, de corrientes

de ideas, y poco más, poco menos, medimos el grado de firmeza del granito en que empina su escultura la época; y ninguno mejor preparado para el próximo plantío espiritual de las sociedades. Ninguno pasa, entre los que pasan en medio de los acontecimientos hacia el amor, hacia la justicia, hacia el bien, ninguno con un hacha más fuertemente forjada para la nueva brecha, ni con más músculos, ni con un ideal más poseído ni más hermoso.

Su devoción por el bien no obedece a ninguna fórmula amable de moralista sandio, o a programa de virtudes más o menos pensadas con hueco método. ¡Oh, no! Su devoción proviene de sabiduría. Tiene el conocimiento de que el bien supera el sencillo mérito de un consejo para asumir la significación de una ley, de una fuerza, de una vida, de la más cálida, profunda esencia del alma universal. Cuando realiza el bien por el bien mismo, cuando regala a otro, sin reparo a los resultados, el cariño de un pensamiento generoso, o afronta un sacrificio cualquiera por la alegría de los demás, por la ayuda, la sonrisa, la elevación del compañero, sabe que está afirmando la mano, seguramente, sobre el mango de un arado divino, y que entra a formar parte entre los labradores de la heredad de Dios.

Y esta sabiduría nace a grados, por pasos sucesivos y ascendentes. Para adquirirla, el teósofo aprende primero por el auxilio de los libros la filosofía y la ciencia del bien, cómo se genera, cómo crece, cómo viaja de un alma a las otras almas. Aprende a ver en el pensamiento, no una mera función reducida a la materia del cerebro como concluían los filósofos del positivismo, sino una energía eficiente y viva que se dilata por todo el corazón de la humanidad, en la forma como se dilata el movimiento de mi brazo por toda la plenitud del éter. De aquí que cada hombre, cualquiera que sea su latitud o condición, contribuye en la medida de su perenne dinamismo mental y volitivo a la evolución o al retroceso de los demás. Porque los pensamientos no viajan aislados, sino que se integran por ley de simpatía, en la masa de los pensamientos similares, y a la semejanza del resumen eléctrico de varias pilas o al resumen lumínico de varias antorchas, concretan y forman un centro activo de fuerza, de influencia, de vida comunicativa y penetrante, dentro de la ciudad, dentro de la nación, dentro de la raza, dentro del mundo. A cada momento, por lo tanto, el hombre se hace merecedor de algo bueno o de algo malo, por el linaje de los mensajeros de su reino interior. Y estos mensajeros, intangibles pero reales, ingresan a su

zona simpática de acción, se incorporan a su falange comunicándole mayor eficacia a su poderío. Esto nos advierte, con harta claridad, que el gobierno humano, en toda su extensión, está constituido verdaderamente por el reino interior de cada quien. Y ya aquí resalta a simple vista, la cifra solemne de la íntima, de la secreta solidaridad universal. El teósofo, por medio de los libros, conforme lo hemos dicho ya, estudia esa lección, la lección de sí mismo, su parte en cuanto al organismo cósmico, su aspecto en cuanto a la magnitud y brillo de su reino oculto, como factor externo, psíquico, espiritual. De este estudio infiere el teósofo que él es el guardián de su hermano, y que el mundo come y bebe del pan y del vino de su mesa. Así aprende a tocarse las joyas de su corona y el oro de su cetro de rey.

Pero esto no basta. No basta que sepa que su corazón forma el poder de un núcleo dinámico en la gran vida humana, y cómo germina y florece el bién, y tiende su sombra, y cuaja la masa y la miel de sus racimos eternos. Hay todavía una lección mucho más importante que estudiar, y que la expresa con perfecto vigor la palabra ser. Sin duda que se sabe algo, pero no lo suficiente, cuando se aprende cómo se hace una cosa, pero no es menos cierto que se sabe todo cuando se la hace. Aquí aparece el carácter heroico del teósofo: ser en todo trance el intenso ahinco de una voluntad noble y sana que le permita derramar hacia afuera los resplandores de su reino interior. Ser llama, ser estrella. En este momento ya los libros no enseñan, porque coronado el muro santo, la escala pierde su necesidad y su mérito. Fue Emerson quien dijo que para penetrar en el interior del universo cada hombre era una puerta. El teósofo, pues, en esta hora de su aprendizaje, vuelve el rostro hacia sí mismo y regresa por la puerta que le pertenece a la visión de su patria.

Entra, ahora, oh gran artífice, con la santa carga de tus buriles sonoros, en la paz de tu taller sagrado. Entra a laborar, sin descanso, la escultura de tu pensamiento y de tu destino. Obrero, a quien el silencio resguarda con la fortaleza de una coraza divina, sabes muy bien que laboras sobre la sana alegría de todos los hombres en cada repujo de tu lima, en cada rasgo que evocas para la armonía y la perfección de tu escultura. Porque sabes, además, todo el maravilloso secreto de la solidaridad humana. Y mañana, cuando ya corran limpias tus aguas y esplenda el júbilo de tu reino bajo la claridad de Dios, torna a nosotros, oh pura llama de toda belleza, que con sus oscuros fanales, vueltos hacia tí, el mundo te aguarda.

Cartas que me han ayudado

Vol. II

William Q. Judge

III

Le envío a usted esta Carta. Consérvela, y sólo más tarde, cuando yo se lo indique, hará uso de ella. Después la encabezaré.

El movimiento teosófico comenzó como obra de la fraternidad, que tiene a H. P. B. como a uno de sus miembros; y al gran Iniciado, a quien ella llamó Maestro, como a uno de sus jefes.

Comenzó entre los pueblos occidentales por gentes occidentales, siendo los dos principales agentes, H. P. B., de nacionalidad rusa; y H. S. Olcott, americano. El sitio donde comenzó fue también occidental, la ciudad de New York.

Pero no obstante de haberlo la Fraternidad empezado de ese modo, debe la sociedad como tal, sostener un programa libre, siendo sus miembros a la vez, libres individualmente de aceptar cualquier creencia aprobada por ellos, siempre que esta creencia no se oponga a la fraternidad universal. Por lo tanto, disponen de una perfecta libertad para creer en la Logia de esa Fraternidad y en sus mensajeros, y asimismo para aceptar las doctrinas que sobre el hombre, su naturaleza, sus poderes y su destino han sido enseñados por los mensajeros de la Logia.

Es significativo el hecho de que el movimiento teosófico haya comenzado, como ya se dijo, en el mundo occidental, en la región donde se prepara y donde aparecerá la nueva raza raíz. Esto no quiere decir que se dé preferencia a una raza o a un país sobre otro, ni tampoco, que se les rebaja, sino que tales sucesos están de acuerdo con la ley de los ciclos, ley que forma parte de la evolución. Bajo el ojo de la Gran Ley ningún país es primero ni último, nuevo ni viejo, alto o bajo, pero cada uno de ellos, en el momento oportuno, aparece a propósito para la obra que debe realizarse. Cada país se halla ligado con los demás y ha de ayudarlos.

Este movimiento tiene, entre otros objetos, uno que importa saber: la unión del Occidente con el Oriente, el renacimiento en el Oriente de aquella grandeza que una vez le perteneció, el desarrollo en el Occidente

del ocultismo que le es propio, de modo que pueda, a su vez, tender mano de ayuda a los de sangre más antigua que, se hayan inmovilizado en una idea única o degradado en espiritualidad.

Por muchos siglos se ha venido trabajando en favor de esa unión, y se han enviado trabajadores a través del Occidente, para echar los cimientos. Pero hasta 1875 ningún amplio esfuerzo se logró hacer, y entonces fue cuando apareció la Sociedad Teosófica; porque la época estaba madura y listos los trabajadores.

Las organizaciones de individuos, son susceptibles de caer en ciertas líneas o carriles de acción mental y psíquica que, una vez establecidos, difícilmente se cambian. Para impedir estos carriles en el movimiento teosófico, sus guardianes procuraron que se interpusieran de tiempo en tiempo choques u obstáculos, necesarios para llegar a la solidaridad—choques que fortalecen en la forma que el roble se fortalece resistiendo a la tormenta—y para que se borrarán los surcos de mente, acción y pensamiento.

No es el deseo de la Fraternidad que los miembros del movimiento teosófico que, según su percepción, han creído en los mensajeros y en el mensaje, se conviertan en peregrinos hacia la India. El deseo y la obra de H. P. B. no tendió a despertar este pensamiento. Ni la Logia aspira a que los miembros del movimiento crean que deban seguir los métodos orientales y a elegir al Oriente, de hoy, de modelo o meta. El Occidente tiene su obra y su deber, su propia vida y desarrollo. Esto es lo que corresponde cumplir, a lo que se ha de aspirar y seguir, y no correr hacia otros campos donde se desempeñan los deberes de otros hombres. Si la tarea de levantar la espiritualidad de la India, hoy degradada, y casi ahogada, fuera fácil, y si así levantada pudiera brillar y alumbrar al mundo del Occidente, entonces, de cierto, sería tiempo perdido comenzar por nosotros, cuando se abre un camino más corto y rápido en el antiguo mundo. Y, en efecto, es más difícil entrar en los corazones y en las mentes de los individuos que, por un gran lapso de tiempo se han estacionado en el dogmatismo metafísico y construido en los planos psíquicos y psíquico-mentales una cubierta impenetrable y sólida alrededor de sí mismos, que entrar en los occidentales que, aunque comedores de carne, carecen de opiniones profundas, fijas y arraigadas en los cimientos del misticismo, y consolidadas por el orgullo heredado del pasado.

La nueva era del ocultismo occidental principió en definitiva, el año de 1875 con los esfuerzos de aquella noble mujer que abandonó el cuerpo no hace mucho. Por supuesto que esto no da motivo a pensar que ese ocultismo va a ser de un todo diferente ni opuesto a lo que tantos conocen o creen conocer como ocultismo oriental. Formará el lado occidental de un gran todo cuya otra mitad lo constituirá el verdadero Oriente. Tiene la misión, ampliamente confiada a la Sociedad Teosófica, de proporcionar al Occidente lo que no podría obtener del Oriente, de difundir y levantar sobre el sendero circular de la evolución que hoy se dirige al Occidente, la luz que alumbró a todo hombre que viene al mundo—la luz del verdadero Yo—único verdadero Maestro de todo ser humano. Todos los demás Maestros no son sino servidores de ese verdadero Unico, donde todas las Logias reales se unen.

Angustias caerán—no por los Maestros sino por las leyes de la naturaleza—sobre los que habiendo emprendido la marcha del sendero con la ayuda de H. P. B. trataran, de alguna manera, de empuñarla a ella, y también a su obra no comprendida todavía y por muchos erróneamente conceptuada. Esto no da a entender que a una simple persona se la debe seguir a ciegas, pero interpretarla en mengua, empuñarla, imaginar vanas explicaciones para separar lo que no agrada en lo que ha dicho, es una violación del ideal, escupir sobre el rostro del Maestro por quien nos vino el conocimiento y la oportunidad, manchar la fuente que nos trajo sus dulces aguas. Ella fue y es uno de esos servidores que la Logia universal ha enviado al Occidente para comenzar la obra, sabiendo bien que sería su suerte desde los principios el dolor, la maledicencia y el insulto al espíritu mismo—lo peor de todo, el insulto. Aquellos que no puedan entenderla harán mejor en no tratar de interpretarla; aquellos que no se encuentren suficientemente fuertes para la tarea que ella delineó, con claridad, desde que inició su obra, mejor sería que no la intentaran. Sabía ella—y esto se ha dicho a ustedes ya—que desde hace muchos siglos han permanecido en el Occidente elevados y sabios servidores de la Logia con el fin de ayudarla en su misión y destino. Es bueno para los miembros del movimiento teosófico continuar esa obra sin desviación, sin excitación, sin caer en los extremos, sin imaginarse que la Verdad estriba en una cuestión de longitudes y latitudes. La verdad de la vida del alma no se encuentra en un

punto especial de la circunferencia, sino en toda ella, quienes la busquen en un punto único, no la encontrarán.

(Esta carta está inconclusa, marcada con lápiz rojo, por la mano de Mr. Judge. En realidad, termina en "Will," en la expresión "Will not find it" (no la encontrarán); pero al publicarse los primeros extractos, el autor dió permiso al editor para suplir las tres últimas palabras, que pensó poner cuando fue llamado, y que al regresar olvidó escribir en su prisa por alcanzar el correo.)

V

A las Sociedades de publicaciones teosóficas.

Con gran pesar he sabido, por recientes informes de Londres, que los directores de la Sociedad allí consideran que el tratado "Epítome de Teosofía" que apareció en *The Path* es "demasiado avanzado" para imprimirlo ahora, y que lo que hace falta "es un escalón entre la novela y la filosofía."

Permitame decirle que no estoy de acuerdo con esta opinión ni con la línea de conducta que ella traza. La opinión es errónea, y deficiente la línea de conducta, al mismo tiempo que en desacuerdo con la de los Maestros. Los Maestros han apoyado el proyecto de la nueva Sociedad y vigilan el desarrollo de su conducta. Yo vacilaría en hablar de este modo si yo solo hubiera escrito todo el "Epítome," pero esto no es el caso. La idea general de una semejante serie de tratados, me fue dada ahora cosa de dos años; y este de que se trata lo prepararon varios estudiantes que saben lo que necesita el pueblo. Resulta, además, comprensivo y fundamental. Abarca casi todos los puntos importantes, y si un lector sincero llega a penetrarlo, encontrará para sus reflexiones materia de la clase necesitada.

Si, por el contrario, hemos de proceder por medio de un paso suave a través de la extravagancia (la ficción novelesca) hacia la filosofía, nos separamos entonces en un tiempo mismo, del sendero que nos han indicado los Maestros; y esta aserción puede apoyarse en cartas de ellos que reposan en mis manos. Me basta llamar su atención sobre el hecho de que, cuando estos Maestros principiaron a emplear sus servicios en la divulgación de enseñanza en la India, no lo hicieron por medio de las ficciones novelescas sino con hechos serios como los que se encuentran en

los *Fragmentos de la Verdad Oculta* que se conoció después con el nombre *Buddhismo Esotérico*. de Mr. Sinnet. No pretendemos convertirnos en proveedores de los que leen novelas y viven a la caza de curiosidades amenas, sino satisfacer las urgentes necesidades de las mentes sinceras. Los lectores de novelas no han influido nunca en el progreso de una nación. Y aquellas mentes sinceras no desean, no merecen ser incluidas entre los partidarios de ficciones. De nuevo me permito recordar a mis hermanos ingleses de esta empresa, que han de tener presente, que los Estados Unidos encierran más teosofistas y probables suscritores y lectores que toda Europa. Y ellos no quieren novelas. No necesitan de que les alfombrén el sendero de la verdad. Son perfectamente aptos para comprender lo que ustedes llaman "demasiado avanzado." Años atrás el Maestro dijo que los Estados Unidos necesitaban la ayuda del cuerpo de teósofos ingleses. No la obtuvieron y hoy no la necesitan tanto, y sus ideas, sus necesidades deben ser consideradas por nosotros. Tenemos veintiuna Ramas para las tres de ustedes en la Gran Bretaña y casi cada mes aparece una nueva. Varias me han escrito diciéndome que esperan que la "Sociedad de publicaciones teosóficas" les proporcione buenas y valiosas reimpresiones y no triviales asuntos de ficción.

Por lo tanto, respetuosamente ruego a ustedes no persistan en seguir la conducta deficiente y errónea a la que me he referido, sino que adopten fuertes líneas de acción, y dejen el relato novelesco a las personas que viven de él o que creen que por ese medio orientan la mente pública hacia la verdad. Si se adopta una línea contraria, entonces, no sólo frustramos las esperanzas del Maestro (si tal cosa fuera posible) sino que, en un sentido más amplio, seremos culpables de ejecutar falsas representaciones ante un gran cuerpo de suscritores en este y en otros países.

Soy fraternalmente suyo,

VI

Alivia grandemente dejar esas perennes chicanas legales de mi profesión para decir algunas palabras sobre asuntos de la eternidad.

De vez en cuando aparecen en *The Path* frases subrayadas que deben estudiarse, donde se dice que un yogui no hace sino lo que ve en la mente de otro yogui, se nos proporciona un tema de estudio. La reticencia no siempre implica ignorancia: si nosotros, con nuestras

propias manos, arrancamos el conocimiento, junto con él adquiriremos pedazos de roca y restos de otras materias, mientras que si un minero nos entrega las pepitas de oro ya lavadas, sólo tendremos eso por el momento. Así muchas veces, una pequeña reticencia nos obliga a ir a cavar con nuestras propias manos.

En *The Path* de setiembre hay otra frase subrayada. Todo el proceso consiste realmente en recobrar la memoria de otros renacimientos anteriores, y si algunas personas no comprenden ciertas cosas, se debe a que no alcanzaron ese punto en las otras vidas o porque todavía no les ha llegado ningún destello de memoria.

La comunión de los santos es una verdad, y a menudo sucede que las personas educadas en una misma escuela hablan el mismo idioma. Aunque son seres distintos, parecen condiscípulos, no importa donde ni cuando se encontraron. Además, hay algunas naturalezas peculiares en este mundo que, no obstante de ser como espejos o esponjas que reflejan o absorben ciertos conocimientos de otras naturalezas, conservan, sin embargo, una fuerte individualidad propia. Así sucede con el caballero cuya carta usted me incluye. Existe poca duda, en caso de ser cierto lo que dice, de que ve en la luz astral. La descripción de esas cosas "que se mueven como los peces en el mar," resulta una descripción real de una de las maneras como se ven muchas de esas formas elementales. Se puede dar por sentado, según queda dicho, de que ve en la luz astral.

Debiera saber que la luz astral existe en todas partes e interpenetra todas las cosas, y no tan sólo se encuentra en el aire libre. Debiera saber que, la capacidad de ver como él ve en la luz, no es *toda* la visión. Quiero decir, que hay muchas especies de visión, por ejemplo, puede percibir ciertas formas aéreas sin percibir muchas otras que en el mismo momento se hallan realmente presentes como las que percibe. De esta suerte parece que hay "planos" o diferencias de grados en la luz astral. Otra manera de establecer esto es que los elementales se mueven constantemente en la luz astral, o bien, en todas partes. Ellos, por decirlo así, exhiben figuras al que mira, y las figuras que exhiben dependen en gran parte de los pensamientos, de los motivos y del desarrollo del vidente. Estas diferencias son muy numerosas. De aquí se sigue que en su estudio debe eliminarse la *vanidad*. Y cuando esta vanidad desaparece de la vida ordinaria no prueba que no se haya retirado un poco más

adentro. Así, hay que tener mucho cuidado en no envanecerse interiormente de ver tales cosas; porque si esto sucede resultará que el plano limitado donde es uno vidente, se aceptará como si fuera el todo. Y esto, entonces, sería falsedad. En tanto que si se reconoce como engañoso por ser parcial, permanece desde luego, auténtico hasta su grado. Todas las cosas verdaderas deben de ser totales, y todas las totalidades existen a la vez, cada una en todos, en tanto que aquellas formas parciales existen parcialmente en las totales. De aquí se deduce que lo total revela la verdad entera, mientras que lo que participa de la naturaleza inferior, o de la parcial, sólo recibe una vista limitada de la verdad. Los elementales son formas parciales, en tanto que el alma individual del hombre es total, y según el poder y la pureza de la forma que habita, "sirve a los Dioses."

Ahora, nuestros cuerpos y todos los poderes del "falso Yo," para el alma individual, son "formas parciales," en común con los centros de energía de la luz astral. De aquí se sigue que no importa cuánto nosotros y ellos participemos mutuamente de la percepción resultante de la Verdad única, siempre será una percepción parcial en su naturaleza, porque las dos formas parciales unidas no producen la totalidad. Pero esto intoxica. Allí se encuentra el peligro de la enseñanza de hombres como P. B. Randolph, quien aconseja el comercio con estos seres parciales por medio de los excesos de la sensualidad, todo glorificado y dorado con un nombre, con la pretensión de un propósito elevado, esto es, el conocimiento. EL CONOCIMIENTO DEBE SER CUIDADOSAMENTE OBTENIDO CON UN PURO MOTIVO.

Este motivo es el punto que ese caballero debe estudiar. Dice que "quiere saber," y que desea "escapar de las presentes limitaciones de esta personalidad, todo soledad."

Y, sin embargo, a medida que adelantase en el sendero del conocimiento encontraría que la imaginaria soledad de que habla es, en comparación con la plena soledad del sendero, una ruidosa turbamulta, o un regimiento en marcha.

Que examine cuidadosamente sus motivos, mientras libre, solo, su propia batalla, al tratar de saber más y de huir de su presente "soledad." De la soledad no se huye por el odio o la aceptación, sino por el reconocimiento. Y qué más? Pues lo siguiente, que tal vez sea demasiado sencillo: debe asegurarse de que su motivo en saber y ser es para ayudar a todas las criaturas. No digo que esto no sea por ahora su moti-

vo, pero lo digo por temor de que no lo sea. Porque como parece hallarse en los lindes de visiones y sonidos espontáneos, debe tener conocimiento del mágico amuleto que lo protege únicamente cuando es ignorante; aquella infinita caridad de amor que movió a Buddha a decir: "Permite que los pecados de esta negra edad caigan sobre mí para que el mundo pueda salvarse," y no un deseo de escapar o de adquirir conocimientos. Esto mismo se expresa en las palabras: **EL PRIMER PASO EN LA MAGIA VERDADERA ES LA DEVOCIÓN HACIA LOS INTERESES DE LOS DEMÁS.** Y lo dijo Krishna así: "La salvación está cerca de la renunciación" (o el estado de Jivanmukta).

Pero él preguntará, naturalmente, si debe cultivar sus poderes. Sin duda debe hacerlo un día u otro; pero que principie por su motivo y por la purificación de su pensamiento. O si lo prefiere de otro modo, puede abandonar las ideas de aquella grandiosa caridad, y, sin embargo, hacer notables progresos en "poderes," pero de seguro que el resultado será cenizas y la muerte. Esto no me concierne.

¿Por qué razón sintió "terror" cuando logró simplemente salirse del cuerpo, en ser libre un momento? Esto es una cuestión importante. Su solución se encuentra de muchas maneras. Haré mención de una. Si el lugar o la persona a quien quiso visitar, no debía visitarla por aquel tiempo, o si su motivo no era puro al querer ir, entonces es probable que lo repeliera el terror. Pero si aun con un mal motivo intentara ir a un lugar donde existe un motivo similar, ningún terror, entonces, resultaría. Si él se dijera a sí mismo, o a mí, a dónde justamente quiso ir, yo podría decir por qué tuvo terror. Pero no quiero saber.

Porque, no de modo forzoso, el salir del cuerpo produce terror. Sé que, no hace mucho, un amigo mío se separó de su cuerpo a una distancia de diez mil millas y no experimentó terror alguno. Pero en este caso el deseo fue ver a un amigo para el propósito común del mejoramiento de esta negra edad; y en otra vez, abandonó el cuerpo en el campo, y vio los bosques y valles circundantes, sin experimentar, tampoco, terror en ninguna forma.

Si se está seguro del motivo y de su pureza, entonces la salida del cuerpo no es perjudicial.

Un ejemplo demostrará el peligro. Tómese el caso de uno que puede dejar el cuerpo y se propone visitar a otro que mantiene relaciones simpáticas con él. El segundo está protegido por un motivo elevado y

una gran firmeza, en tanto que el primero, durante la vigilia, ha mezclado su motivo con elementos puros e impuros. Este motivo, tan pronto como el primero queda desembarazado de su cuerpo, se convierte en una simple curiosidad de ver al segundo, y quizás con más o menos sensualidad, como en el caso de querer ver a una mujer muy deseada y de verter un amor pretendido o real en sus oídos renuentes. Los elementales (etcétera) del segundo protegen su alma y arrojan vagos terrores sobre el primero, quien, si carece de la experiencia y habilidad de un mago negro, es

1.—O simplemente empujado al interior de su cuerpo, o

2.—Acometido por temores que le impiden encontrar su cuerpo, el cual puede ser ocupado por un elementario bueno, o malo, o indiferente, y sus amigos decir que se despertó loco!

Basta por hoy.



Sobre la pantalla del tiempo

Plática de amigos

Del "Quarterly".

El motivo alemán

"En los comienzos de la guerra, el Secretario de Relaciones Exteriores de Alemania explicó que ésta se vió obligada a ir a través de Bélgica para atacar a Francia, porque no podía desperdiciar tiempo para hacerlo de otra manera. Herr von Jagow dijo:

"El Gobierno del Imperio tenía que avanzar en Francia por el lado más rápido y fácil, para así adelantar sus operaciones y tratar de asestar un golpe decisivo tan pronto como fuera posible. Era asunto de vida o muerte, puesto que si tomaba la dirección del Sur no podía, en vista de la escasez de caminos o del poder de las fortalezas, abrirse paso sin una oposición formidable, lo que significaba una gran pérdida de tiempo. Y esta pérdida de tiempo habría significado tiempo ganado por los rusos para traer sus tropas a la frontera alemana. Rapidez de acción era el gran causal alemán, mientras que el de Rusia era un inagotable aprovisionamiento de tropas".

“En el Reichstag, además, el 4 de agosto de 1914, el Canciller alemán dijo, refiriéndose a la violación de la neutralidad de Bélgica y del Luxemburgo:

“El perjuicio—hablo francamente—que por esto produzcamos, lo trataremos de convertir en bién tan pronto como hayamos logrado nuestro objetivo militar”.

“La violación de la neutralidad belga, por lo tanto, la deliberó Alemania, no obstante de haber garantizado esa neutralidad, y de seguro que no hay nada más despreciable que tratar de justificar *ex post facto* la violación, invocando contra los inocentes e inofensivos pueblos y gobierno belga, el cargo totalmente falso de conspirar contra Alemania.

“En vista de tales asertos, no cabe ninguna duda sobre el motivo original alemán. Más aun: el paso que dió no lo resolvió de pronto, a la carrera, en un momento de crisis. Fue premeditado durante años. Hasta la fecha la estrategia militar alemana mantiene su carácter ofensivo. No pudo ocultar la construcción de ramales estratégicos ferrocarrileros directos, a las fronteras de Bélgica y del Luxemburgo, terminadas mucho antes de la guerra. . . . No, como ya dije, no hay duda respecto del motivo, de la intención, de la premeditación.

El pretexto alemán

“Sin embargo, en cuenta del clamor que su acción ha producido Alemania últimamente ha tomado el mayor empeño en robustecer su pretexto original, (*) esto es, de que Francia intentó hacer lo que ella hizo. Pretexto absurdo. Francia se manifestó ansiosa de asegurar la ayuda moral, y si era posible, la material de Inglaterra. Fue singularmente preguntada por la Gran Bretaña “si respetaría y sostendría la neutralidad belga” en caso de guerra. Francia respondió por telegrama recibido el 1º de agosto de 1914 diciendo que estaba “resuelta a respetar la neutralidad de Bélgica”. En respuesta a la misma pregunta dirigida a Alemania, la Gran Bretaña recibió por medio de su Embajador en Berlín, el si-

* El pretexto original se expone en una proclama fechada el 4 de agosto de 1914, firmada por von Emmich como comandante general del ejército del Meuse, y dirigida “Al pueblo belga.” Las tropas alemanas, dice, están obligadas a cruzar la frontera belga. “Proceden bajo el imperio de una necesidad inevitable, habiendo sido ya violada la neutralidad belga por oficiales franceses que, enmascarados, atravesaron en automóviles su territorio, con el propósito de penetrar en Alemania.” Nada hay más absurdo!

guiente informe: "He visto al Secretario de Estado, quien me dice que debe consultar al Emperador y al Canciller antes de poder contestarme". Apremiado para que respondiera algo menos evasivo, Herr von Jagow expresó dudas sobre si él le convendría añadir algo más, "porque cualquier respuesta suya no dejaría, en caso de guerra, de tener el lamentable efecto de divulgar una parte del plan de campaña de Alemania!"

Otro concepto

El cargo de que la Gran Bretaña había conspirado para violar la neutralidad belga, no se dijo sino hasta el otoño de 1914. Se basaba en un informe belga sobre una conversación del agregado militar inglés, conversación tan extra-oficial y poco importante que nunca se transmitió ni al Ministro de Relaciones Exteriores ni al de Guerra de Inglaterra. En vista de esto, según las publicaciones alemanas, la conversación se refiere tan sólo al caso de que Bélgica fuera atacada. Prueba, además, la inexistencia de convenio o acuerdo alguno entre los Gobiernos de Inglaterra y Bélgica. No sólo no existía convenio, sino la seguridad positiva y oficial de que las tropas de la Gran Bretaña no serían desembarcadas en Bélgica, salvo el hecho de que otra potencia violara su territorio. Alemania no permitió, hasta setiembre de 1915, la reproducción del documento que demuestra lo dicho, y que también demuestra la falsedad de su acusación. Es un despacho de Sir Edward Grey al Ministro británico en Bélgica, fechado el 7 de abril de 1913, que dice:

"Hablando hoy con el Ministro belga, dije extra-oficialmente que se me había hecho saber de la existencia de cierto temor en Bélgica de que pudiéramos ser nosotros los primeros en violar su neutralidad. No he creído que ese temor provenga de fuente inglesa. El me informó que había una conversación de origen inglés que no le era dado revelar, sobre el desembarco de tropas en Bélgica por la Gran Bretaña, a propósito de anticiparse a un posible envío de tropas alemanas, a través de ese reino, para Francia. Le dije que estaba seguro de que este gobierno no sería el primero en violar la neutralidad belga, ni creía que gobierno británico alguno fuera capaz de hacerlo el primero, además de que un paso semejante no tendría la aprobación de la opinión pública. Ahora lo importante a nuestra consideración es—asunto éste algo embarazoso—qué medidas convendrían adoptar como las deseables y necesarias para nosotros, en nuestras condiciones de garantizadores de la neutra-

lidad belga, en el caso de que ésta fuera violada por otra potencia. Ser nosotros los primeros en enviarla y en enviar allá tropas, equivaldría a dar motivos a Alemania para que procediera de igual manera. Lo que deseamos en cuanto a Bélgica, como en cuanto a los demás países neutrales, es que su neutralidad se respete; y mientras permanezca libre de la violación de otra potencia, no enviaremos ciertamente tropas a su territorio."

Un belga dijo lo siguiente:

"El Canciller basa su acusación contra Bélgica y basa la violación de su neutralidad sobre el hecho de haber los agregados militares mencionado la posibilidad de operaciones militares si la Alemania la invadía. Con igual justicia un asesino podría alegar que su víctima fué asesinada justamente, porque a ciertos amigos de ella se les había oído hablar de que ocurrirían a su ayuda si era atacada."

Convendría añadir, dijo el recién llegado, que estaban tanto Inglaterra como Francia tan interesados en cumplir su parte del tratado, que aun después de que las tropas alemanas entraron en Bélgica, sólo se dió orden a los aeroplanos franceses, el 5 de agosto, de que pasaran a servir en el espionaje del territorio invadido, cuando el gobierno belga, el 4 de agosto, pidió la ayuda de Francia. Y no fué sino hasta el 6 que se despacharon, en auxilio, cuerpos de caballería, y sólo hasta el 8 el gobierno belga trasmitió instrucciones para que sus ferrocarriles se pusieran a la disposición de las autoridades militares francesas. Francia no ejecutó movimiento alguno hasta que no se lo exigió Bélgica. Ni tampoco lo ejecutó la Gran Bretaña, cuya acción resultó tan tardía que, a este respecto, carece de significación.

Lo esencial

"Los hechos presentados por usted son interesantes, y estoy de acuerdo con todo cuanto ha dicho—habla ahora el miembro que llamamos el Anciano—pero cualquier hecho, por auténtico que sea, puede discutirse, y los alemanes con quienes he conversado abrigan un concepto tan arraigado sobre lo que pasó en esa época, que dudo encuentre usted úno preparado verdaderamente para examinar la verdad. Además, no creo que los hechos son lo esencial. Permitamos, en consideración al argumento, que Francia e Inglaterra ejecutaron todo lo que cualquier alemán puede alegar en contra de ellas: que violaron la neutralidad

belga antes de que Alemania lo hiciera, y que junto con Bélgica conspiraron contra Alemania (es por supuesto un misterio que un alemán formule un alegato semejante cuando su gobierno se empeña en lo posible para probar que los embajadores belgas temían una agresión francesa, pero misterio que no necesita resolverse). Convengamos en admitir esos alegatos como verdaderos. Y deduce desde luego nuestro alemán que su país queda justificado de haber hecho lo que hizo.

Y qué implica eso? Significa que si mi vecino me roba, yo tengo razón para robarle a él. Significa que Alemania carece de código de honor, y que considera a sus vecinos conforme a su nivel más bajo. Porque de lo contrario, no importando lo hecho por Inglaterra y Francia, Alemania habría dicho: "*Nobleza obliga*. Porque lo justo es justo, y porque seguirlo, indiferente a los resultados, es sabio. He prometido y debo cumplir mi promesa." Ella, entonces, hubiera ido a la ayuda de Bélgica cuando ésta se la hubiera pedido. Hasta esa fecha ha debido respetar su neutralidad porque estaba comprometida a respetarla. Honor es honor, y asimismo una promesa es una promesa. Alemania, ante esto, no piensa así. Admitiendo sus reclamos y alegatos, no cree que el honor está primero que todo. No hay escape posible a esta conclusión. Los hechos, de uno u otro modo, no la afectan. Y es por esto por lo que Alemania está universalmente condenada, porque sus malevolencias las prueba su propia boca, sin tener en cuenta la verdad substancial... Pero esto es una intromitura; y usted, amigo Estudiante, puede continuar el curso de su pensamiento como si yo no hubiera hablado."

Y el Estudiante continuó:

Ceguera moral

"Alemania, pues, violó su propia garantía, considerándola simplemente como un pedazo de papel. Fue traidora, fue cobarde, se deshonoró. Y aunque es cierto que su Canciller dijo públicamente que lo que ella estaba ejecutando era "malo," en seguida añadió que la "necesidad no conocía ley," tratando así de justificar lo malo en el terreno de la propia utilidad, y demostrando que no tenía noción de ley alguna, ya humana o divina, ya de honor o de principio, excepto su propio concepto de lo que servía para el engrandecimiento militar de Alemania. Sostuvo la doctrina de que la "fuerza es la ley," y estaba, por lo que nosotros sabemos, apoyada por toda la nación alemana o por una abrumadora ma-

yoría; y en esa sentencia probó que Alemania no debe contarse entre las naciones civilizadas del mundo.

"Y lo más asombroso del caso es que la gran mayoría de los alemanes no entenderán lo que estoy hablando. Aunque aceptaran mi informe sobre los hechos, preguntarían con la cabeza alta, llenos de satisfacción: "bien, y qué?" Se resentirían de la palabra "bárbaros," también de que se les diga que su conducta podría esperarse de ciertas tribus de indios de norte-américa, o de algunos de los pimitivos emires de Afghanistan. Pero no verían la relación entre los hechos y el veredicto. Lo cierto es que el peor castigo del pecado es la ceguera que el pecado produce, y Alemania está agarrada al credo de su Emperador: "no existe otra ley que la mía," y ha obrado conforme a ese credo por muchos años pasados."

No es una cosa nueva

"Permítame que lo interrumpa en este punto, dijo el Escocés. Afirma usted que "por muchos años pasados." Creo que este es un error tan grande como generalizado. Sir Oliver Lodge, en su reciente tratado sobre la guerra, habla de los alemanes como de haber sido "una incurable gente idealista y mística," y después sin ver la incongruencia, cita de fuentes alemanas, bien autorizadas, lo siguiente:

"Está reservado a nosotros (los alemanes) asumir, en cuanto al pensamiento, ese papel creador en religión que la raza teutónica abandonó desde hace catorce siglos... Alemania, y toda la raza teutónica, cometieron un grave error en el siglo V: conquistaron a Roma, pero, deslumbrados por la autoridad romana, adoptaron la religión y la cultura de los vencidos. Por más de treinta generaciones, Alemania ha forcejeado y luchado por ver con unos ojos que no eran sus ojos, por adorar a un Dios que no era su Dios, por vivir con una visión del mundo que no era la suya, y por procurar un cielo que no le pertenecía."

"Pero el hecho es que Alemania nunca se redimió de la barbarie, y creo aún en esta barbarie; bárbaras son sus adaptaciones al cristianismo, y mientras mucho se habla sobre Nietzsche, Treitschke, Bernhardi, con sólo ver a Mommsen se da úno cuenta de que la historia de Roma no ofrece otra cosa que una glorificación de la fuerza y una defensa del espíritu alemán. Hasta Lord Cromer escribe sobre el "colapso de las fuerzas morales de Alemania durante los últimos cuarenta o cincuenta años." No ha existido tal colapso. Mientras los alemanes estuvieron oprimidos

—y corrieron períodos en la historia de esa opresión;—mientras carecieron de confianza en sí, trataron con todas sus fuerzas de adoptar e imitar las costumbres y creencias de sus vecinos civilizados. Hegel y Fichte y otros trabajaron esmeradamente por convencerse de que había algo en el idealismo cristiano, y se empeñaron por reducirlo a una fórmula que se conformara con el proceso mental alemán, pero tal cosa no lo habrían intentado nunca si la imitación no hubiera estado de moda en aquella época. Tan pronto como recobraron la confianza sobre sí mismos—sólo después de 1870—la nación en masa tornó con un suspiro de alivio a su paganismo natural.”

Lo que han afrontado los miembros alemanes

“Quiere usted decirme que los miembros alemanes de la Sociedad no reconocen a los demonios que han estado combatiendo en Alemania desde que la Sociedad sentó pié ahí, que no confiesan “que no existe sino una sola ley y es la mía” como el credo de su nación, desarrollando semejante credo con creciente injusticia, con la vanidad más vulgar y el más rudo egoísmo en todas la fases de la vida y en las relaciones de hombres y mujeres, de padres e hijos, en el arte, la ciencia y el comercio? ¿Han olvidado ellos el cartelón que anunciaba extensamente la Exposición de Colonia de 1914, donde aparecía el huno desnudo, con una tea encendida, a caballo? Se ha dicho que el flamante cartelón formaba parte de la deliberada campaña del Emperador por anunciar a los alemanes, e imprimir sobre su pueblo, sus características y su destino como orgullosamente lo veía él. Pero no hay necesidad de traer a cuento al Emperador. El cartelón hablaba por sí solo... Ciertamente que debían entender todo esto los miembros alemanes. Han tenido sus manos demasiado ocupadas. Como San Pablo ellos tendrán que “combatir a bestias en Efesios.”

La disciplina alemana

“Cómo concilia usted un credo tan anarquista como el que acaba de citar, con el orden y la disciplina del genio alemán? El Objetante opuso esa pregunta.

Y respondió el Escocés: “El imperialismo y el socialismo alemán son hermanos. Eso quedó demostrado hace años. M. Demolins repitió

simplemente argumentos incontestables. Es un tema sobre el cual hemos discutido con frecuencia, y muchas veces lo hemos tratado *Sobre la pantalla del tiempo*. Y cuando una nación entera participa de ese credo y se dispone a su realización, no sólo personal sino también nacionalmente; cuando, como en las legiones de Satanás, el individuo ve que sus fines no puede obtenerlos sino por medio de una acción combinada, entonces la disciplina se vuelve satánicamente perfecta y la organización se aplica a propósitos egoístas y depravados. Semejante disciplina contiene elementos de violentas rupturas; pero, si uno juzga por la Logia Negra, estos elementos pueden reprimirse por un período asombroso de tiempo.

Inhumanidad

“No nos apartemos de nuestra discusión, dijo el Estudiante. Ya hemos considerado el mayor agravio alemán en esta guerra: la violación de la neutralidad belga. Yo desearía saber si los miembros alemanes han leído el “Informe de la Comisión sobre las atrocidades alemanas cometidas en Bélgica y Francia, y si han leído la respuesta de su gobierno a ese Informe. La Comisión, como probablemente lo sabrán ellos, fue presidida por el visconde Bryce. Informaba que, después de un lento y detallado examen de todo el testimonio válido, inclusive el diario personal de muchos alemanes, está probado:

“(1). Que hubo en muchas partes de Bélgica, una matanza deliberada y sistemáticamente organizada de la población civil, acompañada de muchos asesinatos aislados y otros desafueros.

“(2). Que en el transcurso de la guerra, civiles inocentes, hombres y mujeres, fueron asesinados en gran número, las mujeres violadas y asesinados los niños.

“(3). Que el saqueo, el incendio de las casas, la destrucción desenfrenada de propiedades fue ordenada y protegida por los oficiales del ejército alemán; que se habían elaborado provisiones para incendiar sistemáticamente en el comienzo de la guerra, y que los incendios y las destrucciones eran frecuentes sin que pudiera alegarse ninguna razón militar, siendo ello, en efecto, parte de un sistema general de terror.

“(4). Que las reglas y usos de la guerra fueron, a menudo quebrantados, en especial, empleando civiles, tanto mujeres como niños, para que sirvieran de escudo en el avance de fuerzas expuestas al fuego; y que llegaron todavía a un grado más bajo matando a los heridos

y prisioneros, y abusando frecuentemente de la Cruz Roja y de la Bandera Blanca.”

“Este Informe está firmado por Lord Bryce, Sir Frederick Pollocki y Sir Edward Clarke y varios más; y son famosas las declaraciones del conservatismo, chapado a la antigua de Sir Edward Clarke. El Informe está compuesto de 61 páginas. El Apéndice contiene 196 pruebas cuidadosamente consideradas auténticas.

Algunos particulares

Debe saberse que los testimonios de fuente inglesa y belga, sólo corroboran y amplifican el testimonio contenido en cartas y diarios alemanes. Uno o dos extractos de éstos nos demostrarán su naturaleza. El siguiente corresponde a un libro de notas de un oficial del Regimiento 178 del Cuerpo (Sajón) 12:

“23 de agosto... Todas las casas en la aldea (Bouvines) fueron destruidas. Arrastramos a los aldeanos unos detrás de otros fuera de los escondrijos más inverosímiles. Se fusiló a los hombres, también a las mujeres y niños que se hallaban en el convento, ya que desde sus ventanas se nos disparó repetidas veces. Después incendiamos el convento.

“26 de agosto.—Marchamos hacia Nismes. Después de pasar a Merlemont llegamos a Villers-en Fagne. Los habitantes habían, con una señal en la torre de la iglesia, prevenido a los franceses de la llegada de nuestras tropas. El enemigo abrió un fuego de cañón contra nosotros que hirió y mató a muchos. Por esto en la tarde prendimos fuego a la aldea, fusilando al cura y a varios de sus habitantes... La bella aldea de Gue d'Ossus, sin embargo, se le incendió sin ninguna causa aparentemente. Un ciclista cayó de su máquina y su rifle se disparó. Al acto dijo que lo habían tirado. *Todos los habitantes fueron quemados junto con las casas.*”

“El siguiente extracto pertenece al diario de un soldado alemán llamado Eitel Anders:

“Luego llegamos a la ciudad de Wandre... Todo se examinó... En las casas encontramos colecciones de armas de todas las clases. Los habitantes, sin excepción, fueron fusilados.”

Testimonio belga

Existe también un informe oficial belga sobre estas atrocidades, igualmente convincentes. Del mismo modo el gobierno francés ha hecho investigaciones y publicado los resultados, cubriendo un espacio mayor porque incluyen un resumen de los horrores cometidos en Francia. Pero tal vez se diga que las comisiones nombradas por gobiernos hostiles no pueden dar sino un veredicto condenatorio. En estos casos, considerando al personal, es una suposición injusta, y aun más una imaginable objeción. Permítasenos, por lo tanto, incluir el testimonio de un hombre como Emilio Verhaeren, quien probablemente antes de la guerra, tenía más amigos en Alemania que en Bélgica misma; y que, a lo menos, era tan altamente considerado por los alemanes inteligentes como por los literatos de su propia nación.

En el reciente libro de Verhaeren, traducido con el título de la *Agonía belga*, afirma que dos horas antes del *ultimátum* de Alemania, hablaba ésta de la pureza de sus intenciones hacia Bélgica. Y continúa:

"Ella ha podido ofrecer batalla abierta, pero prefirió una traicionera emboscada. Y por este hecho ella ha creado en su contra, en el corazón de los belgas, un odio tan apasionado y tan universal que pasará de esta generación a una profundidad que ningún hombre puede prever... Los alemanes no han realizado una verdadera guerra en contra de nosotros: han sido ladrones, incendiarios, asesinos. Bastante valientes en las batallas, después se han portado como cobardes brutales.

"No han quedado satisfechos de la devastación causada por sus ejércitos: han producido deliberadamente un estado de hambre en el sur de Bélgica. Ahora, en pleno siglo XX y en Europa, hay gritos de gentes que se mueren de hambre. La ayuda viene de todas partes. América ha sido espléndida. ¿Pero hasta dónde llegarán estos auxilios para satisfacer el hambre de provincias enteras? Es una regla invariable que los territorios conquistados reciban sus aprovisionamientos de los conquistadores. Pero los alemanes no reconocen deberes en la guerra. Se contentan de que aquellos que no pudieron asesinar mueran de una muerte aun más horrible!"

"Como prueba del pillaje en general, Verhaeren cuenta la manera cómo la estación de Malines se obstruyó con setecientos pianos sacados de las casas de la ciudad. Cita casos de salvajismo infligidos a hombres y mujeres. Se cuenta que un comerciante decidió quedarse en su casa

de campo en Amberes con sus dos hijas de 17 y 20 años. Cinco oficiales alemanes se acuartelaron en la casa y se les trató tan bien como era posible. Se les propinó una abundante comida, pero antes de sentarse a la mesa, el oficial de más alta graduación entre ellos, ordenó que el padre fuera confinado en su cuarto. . . . Cuando al siguiente día se le permitió salir, sus hijas habían sido entregadas a los soldados, y una de ellas estaba loca. La otra se había suicidado. Estos hechos los garantiza el Ministro de Guerra francés.

Haciendo peor el mal

La contestación alemana a todos estos cargos, incluyendo los que condena el informe Bryce, es sencillamente una negativa general, con la extraordinaria salvedad de que, porque los hombres, las mujeres y los niños de Bélgica se batieron para defender sus hogares, porque emplearon toda clase de armas, hasta agua hirviendo, por lo tanto todo aquello que se hizo en contra se justifica como medio de represalia. Si: la violación de mujeres y la mutilación de niños, lo mismo que la violación de la neutralidad belga, se justifica en el terreno de las necesidades militares! No quiero decir que el gobierno alemán haya aceptado algunos de estos desafueros, pero el extracto y la substancia de su respuesta fue: "la verdad que puede existir en estos cargos fácilmente se entiende por la razón de que las mujeres y los niños hicieron esto o aquello!"

"Ahora, de nuevo, hay un absoluto desacuerdo entre los medios de la civilización y los de la barbarie. No puede haber justificación para tales desafueros. El gobierno alemán, y probablemente el pueblo alemán o muchos de ellos, pensarán de otro modo.

"¿Qué posible salvación se espera para Alemania mientras sus elegidos no vean esto, y lo deploren, y lo confiesen en nombre de la nación, a Dios, con el corazón lleno de remordimientos? Y esto mismo no sería sino el principio, porque la nación entera debe arrepentirse, debe convertirse, debe ponerse de rodillas, no tan sólo exteriormente, sino de corazón, si quiere escapar de que sea destruída.

"Y eso depende en mucho de los miembros de la Sociedad Teosófica. ¿Se darán ellos cuenta de lo extenso que el destino de su nación está en sus manos? Si el orgullo y el prejuicio de la raza los cegaran, yo consideraría a Alemania irremisiblemente perdida."

Un punto de vista más halagador

El Escocés medio sonrió y refunfuñó. Pero es optimista. "Recuerdo —dijo— que un oficial francés manifestó al Rudyard Kipling: que Alemania está salvando el mundo con mostrarnos lo que es el mal. Así aprenderemos a odiarlo, y aprenderemos por lo tanto a amar la justicia, más de lo que nos amamos nosotros mismos."

Los Estados Unidos y la guerra

"Antes de que suspendamos la sesión, dijo el Orientalista, creo que el Filósofo debe explicar lo que quiso decir cuando se refirió, al principio de la conversación, a la angustiada vergüenza que hemos experimentado durante los pasados catorce meses, por cosas que los Estados Unidos han hecho y dejado de hacer. Sé, por supuesto, lo que usted quiso decir (volviéndose a él), pero deseo que los demás no lo ignoren."

El veredicto de la Historia

"Cuando la historia llegue a escribirse—respondió el Filósofo—creo que se reconocerá que el ocuparse uno de sus propios asuntos quiere decir ocuparse de ellos, y no eludirlos. Si yo vivo con mis hijos en una calle donde mora otra familia con niños ineducados, borrascosos hasta el punto de tirar piedras a sus vecinos, corresponde a mis asuntos protestar por todos los medios posibles contra semejante conducta. Pues bien, New York y París se hallan hoy más cerca de lo que estaban París y Berlín en la época de Jorge Washington. Y en efecto, todas las naciones viven en la misma calle."

Neutralidad

"Quizás aquellos de nosotros que hemos viajado por Europa, y que esperamos hacerlo de nuevo, sintamos nuestra presente situación más que otros. Me imagino en Francia o en Inglaterra. Soy de New York. Oh, un americano! Sería enteramente cortés, con el menosprecio en el corazón, mas no en las maneras ni en la voz. En la "calle" internacional, saldría de una casa que ha cultivado "cordiales y amistosas relaciones" con una casa que ha violado toda regla de decencia, todo

código de honor, todo principio de vecindad; que ha atacado e injuriado otra gente en la calle, de tal modo que todos los de las demás casas, excepto los de la mía, se han levantado protestando, con los brazos al cielo, por el bien de la calle y por el propio bien. Mientras tanto mi casa ha permanecido "neutral."

"El neutral, ¡que todavía no ha ascendido al infierno! Allí donde lo colocó; pero el Cielo y el Infierno, a la vez, lo rechazaron: el Cielo, por no mancharse; el Infierno, "para que los condenados no fueran a ganar ninguna gloria de ellos." Desnudos, picados de hormigas y avispas, hasta el punto de que sus carnes chorreen sangre, en perpetuo perseguiamiento, "indignos de todo reposo," de una bandera desplegada; oprimidos por la miseria de su cabal inutilidad, fueron almas que rehusaron juzgar, que nunca sirvieron a alguien o a alguna cosa, y temieron el fracaso, y ninguna causa bien buena, bien mala, pudo obligarlos a salir a lo abierto o a lo claro. Neutral, como Pilatos fue neutral. Oh, gran vergüenza!

De un diario oculto

Así finalizó nuestra conversación... Y ahora, pasemos a lo que podrá parecer a alguna gente un cambio violento de asunto, pero que es uno mismo, un asunto único; "Venga a nos el tu reino," la perenne lucha entre el bien y el mal, lo justo y lo injusto, Dios y Satanás.

El Narrador se ha tropezado con un viejo artículo en uno de los diarios de la señora S., cuya experiencia interna mereció un largo comentario en *Sobre la pantalla del tiempo*, hace uno o dos años.

"Me sentía terriblemente insustancial e irresponsable—así principia su artículo.—En efecto, mi mente estaba cansada enteramente, y tenía que esforzar mi voluntad para leer hasta a santa Teresa.—Experiencia nueva para mí. Lo que leía era una experiencia sobre el supremo poder del Maestro. Entonces torné a él diciendo en mi corazón: Sí, lo que élla dice es verdad, y se deduce que vos podéis darme todo lo que yo desee, todo lo que pida. Mi deseo es amaros completa y apasionadamente. También, con el mismo amor, amar a otros, por vos y en vuestra unión. Os pido, por lo tanto, que tomes mi corazón y lo hagáis de un todo vuestro.

"No dije sino eso, antes de que terminara me pareció que el Maestro apresuraba su respuesta, casi con impaciencia; pero tal vez esa im-

presión se debió a su deseo de servir instantáneamente, antes de que mi mente se distrajera del ruego que había hecho. Sus palabras no las recuerdo con claridad, pero el sentido de ellas es éste: "Hija mía, qué más quiero yo? Por qué, sino por ese objeto, trabajo? Acaso no deseo daros lo que me pides? Sabes que no puedo mandar sobre tu libre voluntad. Es por actos pequeños de abnegación como debes darme el material, o la arcilla con que trabajar. Así podré hacer todas las cosas".

"Al momento le dije: Vuestra gracia es suficiente, amado Maestro.

—"Pero si no usas la gracia que te doy, cuánto daño para tí. Me vería obligado a recobrarla, porque lo que doy es mi vida, soy responsable de ella y no debo perderla." (Dijo esto en diez palabras en vez de las cuarenta mías.)

"Como no había respuesta para lo anterior, cambié de táctica. Le dije cuán cansada estaba mi mente, y lo difícil que era galvanizar mi voluntad hasta el punto de ejecutar esos constantes aunque pequeños actos de renunciación propia, los cuales yo sabía, según su dicho, que se necesitaban para hacer por mí lo que él quería y lo que, en mí yo verdadero, deseaba yo también fervientemente. Cómo podré galvanizar mi voluntad?

"He estado soñando sueños en otra parte, pero de naturaleza más estimuladora; y el Maestro, sonriendo no sin reproche, trajo esos sueños a mi mente. Luego, sin palabra, me presentó el cuadro de un hombre desgranando maíz, pero cansadísimo, profundamente obstinado. El hombre prefería sentar plaza, hacer cualquiera otra cosa, antes que desgranar y más desgranar maíz. Y el Maestro me preguntó qué diría yo de ese hombre. Cuán tonto es! Pasarán semanas o meses hasta que se canse de su ejercicio y de sus marchas como está ahora de desgranar maíz.

"Está—dijo el Maestro— cansado de sí mismo y de trabajar para sí: ni lo uno ni lo otro necesita ni debe hacer. Podría desgranar los enemigos de Dios hasta convertirlos en polvo, podría proveerme de una fuerza inagotable para la victoria de Dios sobre la tierra, ayudar los ejércitos y la mano de sus conductores, con sólo desgranar en la *intención*, sin mezquindades y por amor. Eres capaz de menos? Date cuenta de que esos pequeños actos de abnegación se hallan todos contenidos en uno: la renuncia de la loca idea de que son pequeños."

"Eso es lo que quiero, oh Maestro: no pensar más en mi felicidad sino en la vuestra, no pensar más en mi comodidad, no más en mi

suerte, no más en mis intereses, sino en los vuestros. No quiero pensar sino en vuestras penas y no en las mías. Quiero estar tan lleno de amor para vos que no haya espacio en mi sér para el amor de mí mismo. Conocerlos equivale a amarlos; pensar constantemente en vos conduce a conocerlos y, por lo tanto a amarlos. Dadme, pues, vuestra gracia, de manera que cualquier cosa que ejecute, vea u oiga, actuaré como si fuera con vuestras manos, veré como con vuestros ojos, oiré como con vuestros oídos."

T.

Caridad del pensamiento

O. Niniceo.

Harto baladí resulta el recordar que dos o más hombres empeñados en suspender un peso, realizan el propósito con más facilidad que uno solo; o que unidos, realmente, para ejecutar un designio cualquiera, aportan mayor suma de fuerza que la que aportarían en una acción aislada o independiente. La sencillez del caso sirve a los fines de este escrito; porque nada nos impide, en buena razón, que apliquemos el primer ejemplo de energía muscular al estudio y conocimiento de las energías superiores de la voluntad y de la mente. Porque no se requiere ningún esfuerzo para admitir que varias voluntades dirigidas a la ejecución de una empresa, garantizan un éxito más pronto y más seguro que el empeño, en esa línea dada, de una sola voluntad. Ya se sabe que todo esto pertenece a una lógica rudimentaria; y desde luego debe también saberse, por ley de analogía, que la lógica escribe la simplicidad de sus reglas en el pensamiento lo mismo que en el músculo. Por supuesto que no le atribuimos al simple hecho del mayor número la virtud de la mayor potencia, sino a condición de que la armonía más cabal estreche y trabe los factores que lo forman.

Esbozados de esta débil manera, las premisas de la tesis que venimos a abordar, nos situamos de lleno en el propio campo del pensamiento, principiando por decir lo que ya no se discute en la academia de los investigadores desprevenidos: que el pensamiento es una realidad dinámica, trasmisible de una mente a otra, dominadora, potente y viva.

Tal vez encaje aquí aquel concepto de William Crookes cuando en un discurso dijo:

“Sería conveniente principiar con la telepatía, con la ley fundamental, según yo la considero, de que los pensamientos y las imágenes pueden transmitirse de una mente a otra, sin la agencia de los órganos reconocidos de los sentidos; que el conocimiento puede llegar a la mente humana, sin ser comunicado de ninguno de los modos conocidos...”

“Hay que escudriñar científicamente una falange formidable de fenómenos, antes de que lleguemos a comprender de modo eficaz una facultad tan extraña, tan maravillosa y durante edades tan inescrutable, como la acción directa de la mente sobre la mente...”

Y no sólo una falange de fenómenos concurren a probar la interpenetración incesante de los hombres mentalmente considerados, sino que una falange de experimentadores se han detenido ante la esfinge con el afán de conocer sus misterios. Es, por lo tanto, un hecho aceptado y no una hipótesis en cuestión. Y en efecto, andando en el asunto y desenvolviéndolo hasta cierta amplitud, hemos aprendido a deducir de la lectura de algunos autores que las asociaciones humanas, del género que fueren, no son núcleos muertos en el orden interno, sino todo lo contrario, núcleos que generan energía en el ambiente que los rodean, y con una intensidad proporcional a la mayor o menor intensidad armoniosa de los individuos que los constituyen. O yendo a más claridad: tal grado de unión, de fe, de fervor constante e impulsivo en el propósito que se persigue, determina en el ambiente mental un análogo grado dinámico, con su nota que lo caracteriza, su color inherente; hasta el punto de establecer una zona magnética de influencia esencial y propia. Las personas sensitivas se advierten, a menudo, de esa influencia al penetrar en la atmósfera de un gremio cualquiera, de una taberna, de un teatro, cuartel o iglesia. Parece como si lo dominara un aura viva, o digamos un aura psíquica, definida y especial, en la zona de influencia penetrada. Y la causa de ello consiste en que cada cosa tiene su aura que no se interpreta de otro modo sino como una sutil expansión de la propia naturaleza de la cosa. Los árboles expanden un aura que depende de la sustancia, venenosa o medicinal, que predomina en sus tejidos y formación. Así, cada hombre difunde su atmósfera, buena o mala, según la índole de sus pensamientos y emociones. Cuántas veces no nos hemos sentido tristes al contacto de un hombre lleno de pesadumbres, cuántas otras, ele-

vados, por la presencia de un sér de elevación de carácter y de ideas. A esto se refiere el admirable Cavé cuando habla de ciertos hombres, junto a los cuales, úno se siente respirar el aire de las altitudes eminentes. El caso tiene un valor más profundo del que se revela a simple vista, ya que el mero contagio mental o emotivo de individuo a individuo, tan circunscrito, tan limitado, y sin embargo tan eficaz, sugiere los poderosos alcances del contagio colectivo. Si un individuo produce un ambiente de cierto poder, un grupo de individuos, unidos en el desempeño de la misma obra, expandirán un ambiente de poder superior que dominará parte de la mentalidad general. No de otro modo se explica el elemento intangible pero positivo que se llama la opinión pública, y que el estadista y el historiador consultan o estudian en el rango de una potencia avasallante y vencedora.

Pero cuando hablamos de grupos no damos a entender sólo la reunión de un número dado de personas en un sitio fijo, nos referimos a los pensamientos semejantes que se producen en un pueblo, en una nación, y que se unen y suman por la simpatía atrayente de su vibraciones; y así unidos integran un centro efectivo de actividades que obra sobre la psiquis del pueblo o de la nación. Esa simpatía no es diferente de la que se observa en la tendencia del músico hacia el arte de su elección, o en la del devoto hacia el recogimiento de los templos y la lectura de los libros místicos. Dos pensamientos similares, o de la misma índole, fraternizan como dos ebrios o dos jugadores. El rústico morador de la distante montaña y el morador de la ciudad, que piensen de la misma manera moral, están juntos, asociados, sincera y ciertamente unidos por el vínculo de sus propios pensamientos. Y los dos, aun cuando separados por el espacio en lo que toca a los cuerpos, al emitir pensamientos de bondad o de maldad, pactan, en forma indisoluble, una acción buena o mala sobre el mundo, sobre su raza, sobre su aldea. Padece ignorancia quien se considere solo. En la sucesión del tiempo no transcurre un segundo sin que cada quien, psicológicamente hablando, conviva con sus amigos, su familia, sus parientes, no de sangre, sino de ideas y sentimientos. Fácil será sospechar, ahora, la constitución del alma colectiva por multitud de centros, núcleos de fuerza, o funciones de diversa categoría, contando desde los pensamientos más innobles hasta los más santos pensamientos que parten de los individuos. Cada individuo contribuye con su cantidad psicológica a tal o cual centro o núcleo, y esta contri-

bución fija su responsabilidad en el proceso loable o censurable del organismo público. El ambiente se matiza con el centro más activo y preponderante. Y de la misma manera que nuestro cuerpo actúa en conformidad con las virtudes o defectos de nuestra voluntad o de nuestro pensamiento, el organismo público se mueve conforme a las diversas funciones que integran su alma. Dos avaros, pueden no conocerse físicamente, pero fraternizan en el mismo hogar psíquico, como fraternizan dos justos o dos caballeros espléndidos. Es allí donde corre la verdadera sangre de las castas, de las naciones y de las familias. Dos hermanos de la carne se entienden, a menudo, menos entre sí, que dos hermanos del corazón, de un mismo pensamiento, de una labor común. Y en efecto, esa extraterrestre familiaridad interna, ese perenne intercambio de emociones, se denuncia en los rasgos parecidos que relacionan a los individuos de exactas tendencias y profesiones. Para un ojo fino y hábil no quedan ocultas las señales acusadoras de dos criminales natos, aun cuando provengan de diversas nacionalidades. La compostura mental y el aire exterior pintan al místico, como si fuera él una expansión del aura de su mezquita, de su pagoda, de su iglesia, o de su propia espiritualidad. A estos y a aquellos los cria el vientre materno de un mismo pensamiento. Los habitantes de una zona dada terminan por parecerse todos, como consecuencia lógica del imperio de un pensamiento común. Así, hay el alma del gremio, el alma de un taller o de una metrópoli, como hay el alma de la Francia o de la India; y cada una de estas almas forma su colonia de influencia, y por lo tanto una parte en la suerte de la humanidad. Un matrimonio extranjero establecido en los Estados Unidos tiene hijos de cráneo yankee. Ni la resistencia conservadora de la raza ni la herencia de la familia alteran el modo invariable y poderoso del alma común, de suerte que, antes que de los padres, parece más bien obtenerse una descendencia del medio psíquico. Por esto se ve cómo todo viene de adentro como de un surco inagotable, y nada existe que no reconozca adentro, en lo recóndito y oculto, sus raíces y el secreto de sus aguas creadoras. Ya se explica uno que un claro y grave pensamiento tallara la enérgica sobriedad de la gente sajona, que un sustancial y hondo concepto de belleza y armonía presidiera el nacimiento de Grecia.

Quando en los tan conocidos fenómenos del hipnotismo el operador subyuga al paciente, y lo maneja a su capricho hasta alterarle o invertirle los sentidos, hasta inmovilizarlo en una rigidez cataléptica, hasta infun-

dirle valor o miedo, y hacerlo llorar, cantar, correr, se impone el hecho indudable de la trasmisión del pensamiento, de que hemos hablado, de su poder dominante y creador, y de que el cuerpo no desempeña otro papel que el de simple órgano de expresión, pasivo y dócil. Estas son páginas de experiencia científica moderna, cierta, inequívoca, universal. El fakir de la India, que sobrepuja en mucho a los experimentadores occidentales, trasmite su pensamiento o proyecta visiones en la mente de multitud de espectadores. Sugiere, a voluntad, imágenes en el escenario insospechable de la calle pública y bajo la seguridad de un sol de mediodía. Pinta episodios inverosímiles ante una muchedumbre de pupilas alucinadas, en tanto que él se yergue inmóvil, impasible, sereno, rigiendo a aquellas voluntades inferiores con la magia de su voluntad disciplinada y milagrosa. Esta página, tan verídica como la de los hipnotizadores europeos y americanos, la traen de la India innumerables autores en su cartera de viajeros. Basta lo dicho, por ahora, para afirmar que desde cualquier sitio que ocupe un hombre, está haciendo bién o mal, por la virtud comunicativa y dominante del pensamiento. Nadie permanece de balde sentado o andando en la naturaleza. Cada quien posee en su pensamiento el montón de semillas alimentadoras o de abrojos que siembran en las otras almas. Pero entre un asesino que mata a puñal, destruyendo una armazón de carne, y el asesino constante que mata a pensamientos, hay una diferencia de grados, de sutilidad, de alcance, en que la mancha de sangre que cae sobre la tierra aparece demasiado pequeña en comparación con el delito perpetuo de disparar numerosísimos puñales asesinos contra los demás. Los pensamientos malévolos erran por todas partes, por todas las partes de donde se vive, hasta encarnar en un alma apta, por sus condiciones similares, para recibirlo, ni más ni menos como los microbios de una peste erran por la ciudad encarnando en los organismos predispuestos. Se sabe de sobra que forma la crónica de todos los países la manera segura cómo se contagia el suicidio. Todo se resuelve en un fenómeno de trasmisión de pensamientos y emociones. Si se toman en cuenta los días intensísimos de irritabilidad y fiebre psíquica en los cuales prepara el suicida su fin, hasta culminar en la definitiva locura del acto último, se comprenderá cómo esas fuerzas propagadas en el ambiente, sucesiva, firme y ardorosamente, prosperan, en sumá, en los cerebros propicios a semejante linaje de impresiones, reproduciéndose, de modo fácil y lógico, el doloroso drama de la muerte por sí mismo. Hay casas donde han

ocurrido varios suicidios. Las rudas ansias desesperadas, los ímpetus sordos, el siniestro y hosco pensamiento que vela a su víctima futura en el sueño, en la mesa de trabajo, intenso y porfiado y lacerante, impresionan el aura de la alcoba hasta constituir una potente zona magnética que sobrevive al suicida, y sombría red donde caen después los que todavía ignoran cuán fecundas, cuán vívidas, cuán tremendas, cuán peligrosas son las fuerzas de la mente y cómo gobiernan el mundo. Lo que ya tenemos dicho arriba son aspectos rápidos de un asunto vasto y complejo. Son pequeñas perlas del misterio recogidas aquí y allá para despertar la humana intuición hacia el inagotable yacimiento desconocido que encierra cada quien. Oigamos el siguiente relato. Conocimos a un señor casado, en extremo celoso, que sentía un profundo rencor por un antiguo novio de su actual mujer. Una vez se encontraron a la vuelta de una esquina, y el señor casado, lleno de cólera por la presencia ingrata del supuesto adversario, apresuró los pasos hacia su casa, y cayó de rodillas delante de una imagen del oratorio doméstico, con súplicas ardorosas por la muerte de aquel a quien aborrecía, medio único, según él, de asegurar la paz de la vida. A la media hora más o menos del sentido y arrebatado ruego, sonó el tiro de una bala escapada involuntariamente en uno de los casinos cercanos y tendió muerto al infeliz odiado. De nosotros podemos decir que no nos queda duda alguna de que aquel hombre celoso cometió el homicidio. El pensamiento impetuoso y vengativo salió, del oratorio al casino, a obedecer el mandato de una voluntad culpable. Y estos sucesos se repiten, con frecuencia, lo mismo en el orden del odio que en el orden de la malicia, de la envidia, de la traición, de la malevolencia, porque son energías que se expanden y encarnan en los demás, como sabemos que se expande y encarna la voluntad del hipnotizador en el cerebro del paciente, como se proyectan en el pensamiento de una multitud las imágenes concebidas por un fakir enérgico, como se ensancha, según lo hemos visto, la zona angustiada de un suicida en su localidad, como se desatan esas grandes corrientes de opiniones que mueven a pueblos enteros y los disciplinan hacia un rumbo único y fascinador. Todo surge de la forja íntima y oculta, vil o santa, del alma de los individuos y de las sociedades; pero pocos, por desgracia, se advierten de la presencia de esa formidable realidad, creadora, imperativa y fundamental. Se explica, por este mismo medio, el fenómeno de los santos milagrosos. El pensamiento sincero de los devotos crea en torno de la

imagen una zona magnética, eficaz y animada, zona que vibra como una poderosa cuerda sensible al contacto de los anhelos solícitos y suplicantes. Innumerables ejemplos de esta índole nos hallamos en capacidad de citar, si así nos lo permitieran las dimensiones de esta Revista. Queda, sin embargo, esbozado el hecho de que constituimos un activo centro dinámico, y por la naturaleza de ese nuestro dinamismo mental, somos autores del atraso o del adelanto de los hombres. Cuántas veces las nociones que creemos nuestras tienen un origen extraño. Cuántas veces no nos hemos despertado con un pensamiento absurdo que se apodera de nosotros por algún tiempo, cuántos otros con una tristeza tan aguda como inexplicable, cuántas con ímpetus nuevos de juventud y alegría. Son efectos, casi siempre, de las vibraciones mentales difundidas en torno, y a las cuales nos hacemos receptivos. Ya hay escritores que saben que el aura de las agrupaciones emite una nota o color especiales, y que para sustraerse de su positiva influencia la actitud más prudente es permanecer separados, siempre que no correspondan su nota o color a los nuestros personales. También hay escritores que señalan el peligro a que se expone el niño, cuya cuna dista poco del lecho donde los padres pueden ejecutar actos o tener sentimientos pecaminosos que impresionen el organismo psíquico, sumamente sensible, del infante. Quizás no sean escasos los incidentes en que los mismos padres, por ignorancia, han torcido desde la niñez, la suerte de sus hijos, con emociones de cóleras, de amarguras, viles y torpes, que salen de la alcoba a reinar en la casa y a presidir la educación de la familia. Creemos llegado el tiempo de que adquiramos la conciencia de que el hombre no es aquí, ni allá, tan sólo un brazo que se balancea, un pié que va, un armazón de hueso y carne, sino antes que todo y por sobre todo un pensamiento en acción continua. Cuando concibe, razona, reproduce imágenes, envía deseos generosos o miserables; cuando compra y vende y escribe, es tan sólo asunto y energía de pensamiento y voluntad. Pero circunscrito a la visión harto estrecha del hombre en su aspecto mínimo de cuerpo, o bien, asidos como estamos a la parte inferior del pensamiento que se llama sensibilidad en los nervios y movilidad en los músculos, olvidamos al hombre auténtico, al verdadero, al eficiente que se halla en la pura integridad del mismo pensamiento.

Cabe, ahora, tocar, aunque sea de paso, el punto de las reacciones mentales, por el resplandor de justicia que encierra, que ni tarda ni se

apresura. Un pensamiento criminal, por ejemplo, al extenderse y propagarse conserva su relación con el alma que la emite, lo mismo que el desarrollo de una corriente eléctrica mantiene su relación con la pila que lo produce. Los pensamientos, pues, reaccionan, como reaccionan las fuerzas, sobre su centro. El que genera ideas tristes, no sólo envía la tristeza a sus vecinos del medio, sino que también provoca sobre sí un conjunto de circunstancias penosas que empeoran y abaten su carácter y su ánimo. Hay personas de esta clase que se han convertido en una doliente incapacidad por la imagen que se han forjado de sí mismos, y ruedan, por causa propia, como una lágrima entre los demás. Hay hogares donde no hemos penetrado sin sentirnos, al momento, presa de pesadumbre, por una especie de penetrante reacción aflictiva, proveniente a nuestro ver, del abatimiento de sus moradores. El pesimista—el más infeliz ejemplar de los humanos—jamás revela el rasgo de un triunfo en el rostro. Las lágrimas de su alma llenan sus ojos. La propia sombra proyectada en su interior trasciende y cae sobre su vida. Aquí se observa la hermosa verdad de que somos los únicos creadores de nuestro destino. Cada quien se condena o se premia con el castigo o el galardón de sus propios pensamientos. Recordamos que lo dijo así Moisés al pueblo que conducía: *Ojo por ojo y diente por diente*. Recordamos que lo dijo así Jesús al pueblo que enseñaba: *La vara con que midiereis seréis medidos y el juicio con que juzgareis seréis juzgados*. Y estos dos gloriosos Inicidos hablaban sabiduría.

Quizás se objete, con razones aparentes, que repetidas veces las maquinaciones del malvado adquieren éxitos de bienandanza; pero se explica eso, sencilla y llanamente, por la preponderancia que tienen, en ese ambiente dado, los elementos perversos sobre la escasez de los valores morales. En una horda de ladrones, nadie podría impedir la prosperidad del más ladrón. Cuando en el campo de la conciencia social prevalecen las ideas que prostituyen, la reacción se manifiesta por medio del triunfo de los peores, reacción de la propia perversidad que retrocede a gravitar, en forma destructora y penosa, sobre el alma social que le da origen y sustento. Este cuadro puede observarse con bastante claridad en las poderosas comunidades de la historia que se llenaron de oscuros pensamientos, y se hirieron con sus propios puñales, y bebieron sus propios venenos, hasta tender sus miserables esqueletos, roídos de dolores, en los caminos de la humanidad. Estas son páginas repartidas

a cada paso. Son las páginas del individuo, de la familia, de la nación. No obstante ello, no hemos llegado a comprender todavía que para cumplir nuestra tarea de humanos entre los humanos, de almas entre las demás almas, nuestro deber, en suma, no hay gesto más noble que la caridad del pensamiento, en la palabra, en los actos, en el silencio dinámico de su propia esencia expansiva y penetrante, amplia, perenne, profunda, abnegada. Se fecundaría de otro modo, y de un modo cónsoro con las leyes espirituales, la raíz del destino social. Esto debiera ser el consejo constante del padre de familia, la educación máxima de la escuela, la conducta del taller, el solemne juramento pronunciado por todo hombre honrado sobre el ara del mundo. La ignorancia que existe respecto de los principios que nos gobiernan como almas, como voluntades, no nos permiten percibir el infinito recurso de la caridad del pensamiento. Y si este pensamiento benévolo y limpio se extendiera; si cada mañana, junto con el despuntar del día, enviáramos hacia todos los hermanos de la tierra el regalo de un pensamiento generoso; si estomismo repitiéramos en el decurso de la vigilia, y si no fuéramos los únicos, sino varios; y si de algunos pocos pasase este noble gesto a adquirir el esplendor y la gloria de un estado común, nadie podría sospechar sobre el futuro magnífico, la virtud divina de una transfiguración semejante en la sustancia y en la forma de las sociedades.

Mientras tanto importa no olvidar la lección siguiente:

Somos un pensamiento manifestado. Pero no sólo esto, sino también un pensamiento difundido. Cuanto a lo primero, llevamos una forma, un nombre, una vida singularizada; cuanto a lo segundo, nos compenetramos en íntima solidaridad con los otros pensamientos. Cualquiera que sea nuestra suerte, buena, mala, debemos tener presente que el pensamiento, el nuestro y el de los demás, es lo que llena de ajenjo o de miel nuestra copa. Así, no lograremos cambiar las ruedas de nuestro destino sin haber antes logrado cambiar el pensamiento. Porque somos a cada minuto, a cada paso, creadores. Somos el Verbo omnipotente, el Verbo del primer capítulo del Génesis y del primer versículo del Evangelio de Juan. Somos el Verbo divino y misterioso. Las circunstancias que se tejen y entretejen en torno nuestro son los hilos que extraemos de las substancias de nuestros mismos pensamientos. Dudar de esto sería insensato, fuera más sabio el probarlo. Intentemos la prueba. Si nuestro fin puro consiste en convertirnos en instrumentos salvadores, probémoslo, pues. Basta

con pensarlo primero, con firme matiz, y después con transformar el pensamiento en acción; y escaltaremos aquellas varias alturas que el Maestro pinta a todos los que quieren ascender: primeramente nuestra acción se convertirá en costumbre, después esta costumbre se convertirá en carácter, por último este carácter se convertirá en destino. Y cuando ya seamos un destino, cuando seamos un incólume destino de caridad y de salvación, nuestro será el secreto de regir y de elevar el mundo.



Dos fieles amigos

Del Quarterly.

Durante las últimas semanas la Sociedad Teosófica ha perdido por la muerte, dos de sus más fieles y positivos trabajadores: la señora Archibald Keightley (Jasper Niemand), el 9 de octubre; y la señorita Katherine Hillard, el 3 de noviembre. Ambos en 1915. O para hablar más propiamente—ya que no se pierde lo que posee una genuina vida espiritual—esos dos excelentes trabajadores teosóficos se han unido a la grande y creciente asamblea de amigos y hermanos que, con los serenos ojos de los inmortales, nos observan y esperan, para darnos la bienvenida, en la paz del eterno día.

Fue fundada la Sociedad Teosófica en América, en New York. Y aquí en New York se han afrontado sus mayores pruebas, se han ganado todas sus más señaladas y duraderas victorias. En su vida tempestuosa e interesante, dos de sus primeras épocas aparecen especialmente significativas: los años de la iniciación de nuestra obra, cuando madama H. P. Blavatsky echaba con soberbia energía y devoción los fundamentos de la vida futura de la Sociedad, ayudada por el amor y penetrante simpatía de W. Q. Judge, y reforzada por la entonces vigorosa cooperación del coronel H. S. Olcott; y después, una vez transcurrido un intervalo de socio, con el magnífico trabajo iniciado por W. Q. Judge, trabajo cuya fiel comprensión estaba destinada a ser la piedra de toque de la genuina vida teosófica en los años venideros.

Pertenecieron, de modo especial, a esta época del trabajo de Mr. Judge, la señora Keightley y la señorita Hillard. No se quiere decir con esto que cesaron o hubieron de cesar en su devota labor, sino que, por

fuerza de las circunstancias, sus servicios tenían, en los principios, un valor peculiar e incomparable. Ya se ha referido más de una vez la historia de cómo Mr. Judge cuidó la chispa de la vida espiritual confiada a su cuidado, y de cómo con el aliento de su devoción incomparable, la transformó en una llama de fuego, luego, a poner en muchos corazones el calor de la espiritualidad.

La señorita Hillard

De regreso de Italia, vía de Londres, visitó a madama Blavatsky en Lansdowne Road, 17, pocos meses después de la llegada de ésta a Inglaterra, en la primavera de 1887. A su vuelta a los Estados Unidos se dedicó a un servicio regular con Mr. Judge. Ya hoy, después de años transcurridos casi silenciosamente en comparación con la notoriedad retumbante de nuestros primeros tiempos, es difícil que los nuevos miembros se den cuenta de cuanto rudo y serio sacrificio representó una labor de aquella especie en esa época. No es mucho decir que, en especial, en los días que siguieron a los ataques contra madama Blavatsky, hechos, primero en la India y después en Londres, cuando la abandonaron muchos de los antiguos amigos de tan indomable mártir de nuestra Causa, una nube de calumnia cayó sobre la Sociedad y sobre cada uno de sus colaboradores activamente relacionados con ella. Obtuvieron la imputación casi de locos. Ser teosofista no merecía un concepto respetable, antes bien constituía un peligro para la persona dependiente del trabajo intelectual, y para la reputación que se necesita para el éxito. Semejante posición era la de la señorita Hillard. Como escritora de triunfos había conquistado un nombre por sus prudentes investigaciones, sano juicio y fidedigna labor. También—y esa era, en cierto modo, terreno aun más delicado—tenía un círculo de relacionados y parientes, querido y estimado de modo singular. Todo esto, reputación e intimidades, arriesgó voluntariamente—y perdió en algún grado—en pleno conocimiento de lo que hacía, por la sola determinación de trabajar en forma abierta y metódica con Mr. Judge, determinación llevada a cabo con valor, leyendo valiosos documentos en la Aryan Theosophical Society, que presidió Mr. Judge, y contribuyendo a su revista *The Path* con artículos firmados, a menudo, con su nombre entero, y otras veces tan sólo con iniciales. Esa clase de trabajo se desarrolló gradualmente, tomando diversas for-

mas, según las circunstancias; pero mientras estuvo en sus posibilidades, ella continuó trabajando bajo el peso de los años. Y cuando suspendió la faena exterior, entonces dió de los tesoros de su corazón.

La señora Keightley

.....
 Bajo el pseudónimo de Jasper Niemand, y correspondiendo a la instrucción que recibió de Mr. Judge, mucho de lo cual apareció más tarde en la forma de *Cartas que me han ayudado*—ella escribió una serie de admirables artículos que, en justicia merecen el concepto de ser los primeros que en la historia de la Sociedad Teosofica, sondaron algunas profundidades de la vida espiritual interna. Para muchos, sus artículos representaron el primer impulso dado en la vida presente para despertar dormidas intuiciones acerca de los augustos misterios del espíritu.

Pero la tarea de la señora Keightley presentó muchos aspectos. Escribió en *The Path* no sólo bajo un pseudónimo sino de muchos, redactando secciones, completando artículos, y prestando ayuda inapreciable, y no menos vital, a la corrección de las pruebas y a la parte técnica de la edición de la pequeña revista, para lo cual estaba bien preparada por su amplia experiencia literaria. De la colaboración de estos primeros días nació una revista que, por su inspiración, por su respuesta inmediata al pensamiento de los Inmortales, no ha sido sobrepujada en la historia de nuestro movimiento.

Mientras se hacía más clara la obra y la misión personal de Mr. Judge, más y más estuvo ella identificada íntimamente con aquella obra y misión. Por su vida, sostuvo la viviente tradición del espíritu milagroso; por su conocimiento de Mr. Judge, impartió conocimiento y simpatía a los demás; y en los tiempos críticos en que atravesaba sus pruebas la Sociedad Teosofica, en este país como en Inglaterra, equilibró a muchos su sabia influencia, quienes de otra manera se habrían extraviado. De esta parte de su obra es más difícil hablar; pero hay muchos que conocen y comprenden cuán verdadero ha sido ese trabajo, tan sólo suspendido por su muerte hace unas pocas semanas.

.....

 En respuesta a algunas preguntas tocante a los escritos firmados "Jasper Niemand," escribió una vez la señora Keightley:

“Cuando empecé a escribir artículos sobre estas líneas, H. P. B. me envió una pluma que siempre usé. Los artículos fueron y son siempre escritos en plena conciencia objetiva, pero en esta vez existe el sentimiento de inspiración, de una mayor libertad mental. Las *Cartas que me han ayudado* las recibí en mi hogar de Pennsylvania. Fueron escritas para el doctor Keightley y para mí, también para el uso de otros más tarde, por Mr. W. Q. Judge, en atención al deseo expresado de H. P. Blavatsky. La carta en que ella expresaba ese deseo, y en la que ponía de relieve la seguridad de las capacidades de Mr. Judge como instructor, indicaba que era escrita *por medio* de madama Blavatsky (empezaba: “Dice el Maestro), y carta de aquellas tan bien señaladas por el coronel H. S. Olcott en *The Theosophist* de julio de 1893, donde declara que siempre se parecían a la escritura de H. P. B. las comunicaciones de elevadas fuentes ocultas recibidas por medio de ella.”

Esa modificación de la escritura de H. P. B. aparece decididamente interesante en la mencionada carta, cuyos datos justifican de modo amplio, la manera como se habla de “Z” en el prefacio de Niemand. Además, H. P. B. habló de su amigo Mr. Judge como del “Desterrado”; Annie Besant escribió más tarde: “Vosotros sois de veras afortunados en tener a W. Q. Judge como jefe. Ahora que H. P. B. se ha ido, son los americanos quienes poseen, como conductor inmediato, al más grande de los desterrados.” (La significación técnica de estos títulos, “el más grande de los desterrados” y el “amigo de todas las criaturas” como se emplea en Oriente, se ignora completamente en Occidente. El último título es una frase aplicada más de una vez, parte en broma, a W. Q. J. por sus amigos íntimos, a causa de su frecuente y esforzado principio de “aceptar a todos los hombres y a todas las cosas,” dispuestos al trabajo por la Teosoffa)



La Teosofía y la cultura física

John Schofield.

En los comienzos de mi estudio de la Teosofía observé, con alguna extrañeza, que ella no se refería, en modo alguno, al cuidado y cultura del cuerpo. Cuando encaminaba mis pasos hacia ella, estudié el "New Thought" (el Nuevo Pensamiento), y ví que la mayoría de estas enseñanzas abogaban por la cultura física y concedían gran importancia a la respiración sistemática y a otros ejercicios para la salud y el desarrollo orgánico. Algunos de ellos creían también que ciertas posturas y movimientos del cuerpo eran necesarios para el cultivo mental y físico.

Entre los primeros teosofistas a quienes conocí, había algunos como que ignoraban la existencia de su cuerpo. Uno de ellos a quien profesaba gran afecto y respeto, no parecía cuidarse de la hora de sus comidas, ni de qué consistían estas, siempre que no contuviesen ningún alimento animal. Era un estricto vegetariano. Casi todo su ejercicio era recorrer el trayecto entre su oficina, donde dormía, y los tribunales y viceversa, o bien iba a las reuniones de la Sociedad Teosófica. Mi salud física nunca fue robusta sino hasta que pasé los veinte años, y siempre había atribuido al estudio y práctica de sus leyes, el origen de mi fuerza y resistencia, crecientes gradualmente. Desde los diez años de edad me dediqué al estudio de la fisiología y de la higiene, y seguí con cuidado las reglas más sencillas sobre la salud, la limpieza, la dieta simple, la abstención de alcohol y tabaco, y usé del mayor juicio en materias de ejercicio y descanso. Los resultados de este método de vida me parecieron de todo punto satisfactorios. Me he encontrado con algunos extremistas entre los individuos del Nuevo Pensamiento, quienes declaraban que la respiración y otros ejercicios nada valían, sino que el verdadero pensamiento lo era todo, suficiente por sí solo para conservar la perfecta salud del cuerpo. Sin embargo, no cambié mi modo de vida ni por las repetidas afirmaciones de los partidarios del Nuevo Pensamiento ni por la indiferencia de los teosofistas. Prestaba atención a ambos, y así me mantenía observando y estudiando el asunto hasta que, al fin, ví claramente que la enseñanza seguida por mí se hallaba confirmada en la vida de teosofistas amigos míos, a la vez que de conocidos míos, partidarios del Nuevo Pensamiento.

Más adelante observé que algunos espiritistas y adictos al Nuevo Pensamiento que se habían incorporado a la S. T., estaban muy desencantados por el hecho de no encontrar una enseñanza para la curación y el desarrollo psíquico en general. Algunos de ellos alimentaban la creencia de que la Teosofía era, en este respecto, inferior a las doctrinas a que habían estado unidos anteriormente; y esto formaba un enigma para dichos individuos. Otro enigma para ellos lo constituía el hecho de que la curación por medio de drogas no estaba condenada sino practicada por los directores de la Sociedad. Ya en nuestros días tiene forma popular entre todas las clases sociales la cultura física, y los padres en su gran mayoría se inquietan mucho, en este respecto, por la buena educación de sus hijos. Hacen mal en esto? Hace poco caso la Teosofía del cuidado de la salud y de la cultura del organismo? Para los principiantes en el estudio teosófico, aun no instruidos acerca de estos puntos, quizás le esa útil lo que yo tengo que decir sobre esto. Aunque no llegaren a mis mismas conclusiones, mi experiencia puede ayudarlos a aproximarse a la verdad, más de lo que yo lo he logrado.

La Teosofía nos dice qué es, y para qué, nuestro cuerpo; y el estudio cuidadoso de esta enseñanza nos llevará a un método correcto en lo que toca a la vida física. El hombre real está fuera enteramente del contacto del plano exterior y de la conciencia molecular, y para que alcance esta conciencia tiene que disponer de un cuerpo compuesto de moléculas capaces de recibir impresiones de otras moléculas y fuerzas moleculares. Sólo de esta manera logra el hombre verdadero asimilarse la conciencia molecular. El destino del cuerpo, pues, se contrae a poner en relación el alma con la materia, según está constituida hoy, y por cuyo medio adquiere experiencias de los estados moleculares. El cuerpo se halla formado de innumerables ejércitos de moléculas sintetizadas en celdillas, de unidades de conciencia que reciben su energía y vitalidad de lo que la *Doctrina Secreta* llama "vida de fuego." Estas celdillas, a su vez, se hallan sintetizadas en otros centros de conciencia que llamamos órganos, tales como el corazón, el estómago, el hígado, etc., y mientras más perfectos sean estos órganos con más claridad verá el alma, expresará sus propósitos y aprenderá sus lecciones. Si el órgano de la vista adolece de imperfección, el alma no verá claramente; si el cerebro, instrumento del pensamiento, del sentimiento y de la imaginación, se halla alterado, no desempeñará a cabalidad esas funciones, y la vida toda cambiará para el

alma. Resulta, pues, un asunto de la mayor importancia, el cómo conservaremos este cuerpo en la mejor condición posible para el desempeño de su trabajo.

Hay un pasaje en *El Bhagad Gita*, libro sexto, 15, muy interesante, acerca del cual quizás digan los estudiantes más viejos que su significado es mucho más profundo, lo que acaso sea verdad, pero no por eso dejo de creer que se aplica también a la vida física: "La Unión no es para aquel que come en exceso o que se abstiene en demasía, ni para aquel que acostumbra excederse en el dormir o que se entrega a prolongadas vigili-
gias."

Recortes de Historia

Con motivo del vigésimo aniversario de la muerte del gran William Q. Judge, ALMA Y CORAZÓN del movimiento teosófico, según el noble decir de H. P. Blavatsky; o el MÁS GRANDE DE LOS DESTERRADOS, según Annie Besant, formamos este haz de belleza, de reconocimiento, de respeto y de justicia.

La Sociedad india había determinado por unanimidad desde febrero del año anterior, apoyar la idea de que, si verdaderamente me viese obligado a retirarme, el cargo de Presidente quedaría vacante durante mi vida, si bien mis deberes serían llenados por el Vicepresidente (W. Q. J.), actuando como P. S. T. . . .

Con fecha 20 de abril, Mr. Judge me telegrafió desde Nueva York: que no podía dejar la Secretaría de la Sección americana, y luego me escribió incluyéndome copia de un mensaje que había recibido para mí de un Maestro, en el que me decía, que "no es oportuno, ni justo, ni recto, ni razonable, ni tampoco el deseo real de . . . que usted salga, ya sea corpórea u oficialmente."

La Convención de Chicago de la Sección americana, reunida en aquel mismo mes, determinó unánimemente declarar a Mr. Judge, mi sucesor constitucional, pero pidiéndome que no me retirara.

La Comisión de Londres de la Sección europea, que tuvo lugar en julio, declaró también por unanimidad, a Mr. Judge como mi sucesor . . .

Restablecida mi salud por un largo reposo en las montañas, renovado mi vigor mental y físico, y teniendo en cuenta que podría perjudicar a la Sociedad con mi prolongada separación, anuncio por la presente, que revoco mi dimisión, y que reasumo los deberes activos y las responsabilidades del cargo, declarando al Vicepresidente William Q. Judge mi sucesor constitucional, que como tal, es elegible después de dimitir el cargo que ejerciera en la Sociedad en la época de mi muerte.

H. S. Olcott (Circular, agosto 21, 1892).

Aunque mucho más joven que yo en edad y experiencia, me agradó desde el principio; y siempre aprecié, plenamente, sus excelentes cualidades, a medida que se desarrollaban en el decurso del tiempo. La prueba que corona mi estimación fue justamente dada con mi aceptación de él como mi sucesor en el cargo, el cual, espero, desempeñará más aceptablemente que yo.

H. S. Olcott (Theosoph. Nov. 1892).

Si usted quiere hacer de las Secciones, SOCIEDADES TEOSÓFICAS SEPARADAS, hágalas *por todos los medios posibles*. Yo propuse esto mismo, años atrás, a H. P. B., y también a A. P. S. (Sinnett).

H. S. Olcott (Carta, mayo 17, 1893.)

Conociendo a Mr. Judge como yo lo conocí, unido a él por mucho tiempo, en la casa, en el afán de la faena, en largos días de viaje, en desiertas soledades, o en el océano, habiendo recorrido junto con él tanto espacio como dos veces alrededor del globo... no existe la menor duda de su conexión con la Gran Logia y de su servicio a ella. Ejecutó la obra del Maestro lo mejor posible, cumpliendo, de esta suerte, el consejo de H. P. B. de *conservar INQUEBRANTABLE EL ESLABÓN*.

J. D. Buck.

Doy gracias a los dioses por el privilegio que tuve en conocer a Judge. Fue una bendición llamarle amigo.

G. Hijo.

William Q. Judge representó lo más cercano a mi ideal de Hombre que yo he conocido. Fue lo que yo quiero ser... Su influencia vive invariable y poderosamente, una influencia que tiende, como siempre, hacia una dirección: trabajar por la Causa de los Maestros.

Thos. Green.

...Sólo deseo afirmar que la Iglesia de Mrs... nunca ha sido ni es ahora representante de la REAL Sociedad Teosófica, de la establecida por H. P. Blavatsky, ni tampoco del REAL W. Q. Judge...

Dr. Franz Hartmann.

Años pasados, en los principios del movimiento, nuestro trabajo fundamental tenía que ejecutarse por madama Blavatsky y Mr. Judge. Durante la vida de ambos muy pocos miembros habían traspuesto *la edad del niño de escuela*. Muy pocos podían comprender a Mr. Judge. Siempre se esforzaba en dar la realidad espiritual. Se esforzaba por el conocimiento propio y no de libros. Sabía, si alguien supo alguna vez, que el conocimiento se obtiene únicamente tornando de lo irreal a lo real la voluntad. Pero durante su vida, creo que no había más de TRES o CUATRO personas en la Sociedad que *principiaron a comprender a Mr. Judge o el objeto para el cual trabajaba*.

Poco a poco creció la Sociedad. El Omnipotente AVENTÓ a todos los que, por motivo de sus *barreras psíquicas o intelectuales*, fueron *INCAPACES de comprender la verdadera enseñanza de Mr. Judge*.

E. J. Hargrove.

Vosotros sois de veras afortunados en tener a W. Q. Judge como Jefe. Ahora que H. P. B. se ha ido, son los americanos quienes poseen, como conductor inmediato, AL MÁS GRANDE DE LOS DESTERRADOS.

Annie Besant.

(La palabra *Desterrado* era usada por H. P. B. para designar a W. Q. J.)

A no ser por W. Q. Judge no existiría hoy la Teosofía en los Estados Unidos. A él es a quien, *principalmente*, se debe el movimiento *entre nosotros*, Y ÉL ES QUIEN ha demostrado de MIL MANERAS su lealtad com-

pleta a todo cuanto constituye los *intereses superiores de la Teosofía y de la Sociedad.*

Annie Besant (Mensaje 5º Congreso Teosófico).

Está hecha la elección. Entonces I. hará bien en ver a W. Q. J. y de imponerle de esta carta. NINGUNA DIRECCIÓN MEJOR puede adquirir para el primero o los dos primeros años. Porque cuando la "PRESENCIA" está sobre él, sabe bien lo que otros sólo sospechan y "conjeturan"... es útil al Sendero", pero el mayor servicio puede rendirse a él, que, de todos los chelas, sufre más, y pide, hasta espera MENOS que los otros.

Carta de un Adepto.

Durante los once años de existencia de la Sociedad Teosófica, de los setenta y dos chelas regulares aceptados a prueba y de los centenares de candidatos *laicos*, sólo he conocido TRES hasta la fecha que no hayan caído, Y UNO SOLAMENTE que haya obtenido un ÉXITO COMPLETO.

H. P. Blavatsky (Los Mahatmas Teosóficos).

Mi queridísimo Hermano y Co-fundador de la Sociedad Teosófica:

Al dirigirle esta carta, la que le ruego lea ante la Asamblea convocada para el 22 de abril, debo, antes de todo, enviar mi más cordiales felicitaciones y buenos deseos a la Sociedad, y a usted, *corazón y alma* de ese organismo en América. Eramos varios los que la fundamos en 1875. Desde entonces ha quedado usted SOLO *en sus esfuerzos* para conservarla, lo mismo en días de lucha que en los de calma. A USTED PRINCIPALMENTE, SI NO ENTERAMENTE, DEBE HOY LA SOCIEDAD TEOSÓFICA SU EXISTENCIA. Permita que le dé las gracias por ello, por primera y quien sabe si por última vez, públicamente, y desde el fondo de mi corazón, que late tan sólo por la causa que usted con *tanta dignidad* representa y sirve con *toda lealtad*. Le ruego también recuerde que en esta ocasión tan importante, mi voz no es sino *débil eco* de OTRAS MÁS SAGRADAS, la portadora de la aprobación de AQUELLOS cuya presencia reside en más de un fiel corazón teosófico y vive, YO LO SÉ, PREEMINENTEMENTE EN EL SUYO.

H. P. Blavatsky.

En contestación a su carta, yo sólo puedo decir a usted lo que sigue: Si W. Q. J., el hombre que más ha hecho por la Teosofía en América, que más desinteresadamente ha trabajado en su país, y cumplido, en todo caso, las órdenes del Maestro, de la mejor manera que él sabe hacerlo, es abandonado en... y si la... Sociedad en general, y sus esoteristas especialmente, lo desamparan y le niegan su unánime *apoyo moral* que vale más que su dinero, entonces yo digo: déjenlos ir. ELLOS NO SON TEOSOFISTAS; y si tal cosa sucede, y se deja, *solo, a Judge librar su batalla*, entonces yo les envío a todos ellos *mi eterno adiós*. JURO POR EL SANTO NOMBRE DEL MAESTRO SACUDIR EL POLVO DE MIS PIES LEJOS DE ELLOS... Yo no puedo creer que en la hora de la prueba y de la suprema lucha... un *verdadero* teosofista vacile, un momento siquiera, en *apoyar públicamente* a W. Q. J., y en *OFRENDARLE SU ADHESIÓN*. Que lean los preliminares de la carta del Maestro. Todo cuando yo digo acerca de W. Q. J. son las palabras del Maestro en su carta a mí... Haga de esta carta el uso que quiera. Muéstrela a quien usted guste como mi firme determinación.

H. P. B.



PREGUNTAS Y RESPUESTAS

Pregunta: Siendo la tolerancia una de las virtudes observadas por el teósofo ¿deberá o no asumir una actitud puramente neutral en presencia de la guerra europea?

Respuesta: Todo depende del punto de vista en que se coloque la cuestión. Si el preguntante considera al teósofo como una especie de elemento pasivo, inútil, sin línea de conducta definida o sin ningún ideal que seguir o defender en su condición de individuo de la humanidad, se concluye, desde luego, que le señala un sitio de paralítico o de miembro atrofiado en el mecanismo de la vida social. Y en este caso concreto la neutralidad que parece envolver el concepto de tolerancia revelaría, antes que un acto volitivo, un simple estado de enfermedad o de retrogradación. A esta clase de gente se refiere el Apocalipsis cuando dice: "Yo conozco tus obras, que ni eres frío ni caliente. ¡Ojalá fueses frío, o caliente. Mas porque eres tibio, y no frío ni caliente, TE VOMITARÉ DE MI BOCA."

Ahora, si el preguntante considera al teósofo capaz de tolerar la injusticia, de tolerar el crimen, lo que extravía, lo que mancilla, lo que pervierte, lo que deshonra, debe comprender, entonces, que ese género de tolerancia se llama claramente complicidad en ambos códigos, divino y humano. Porque el abstenerse de ejecutar una obra de bien, si incluye un acto pasivo en cuanto al bien, incluye también un acto positivo en cuanto al mal. Así, no resistir al mal equivale a tolerarlo, y la tolerancia del mal, a su vez, equivale a su ejecución. Pero entendemos que el preguntante está muy lejos de pretender llegar a semejantes conclusiones, sobre todo, partiendo de la base inaceptable de la pasividad enferma o de una tolerancia sencillamente cobarde y criminal.

Ahora, si interpreta al teósofo en la categoría de una fuerza benéfica, activa de modo constante e intensa, de una voluntad dispuesta al servicio de los demás, en el sentido de la justicia y de la espiritualidad; de un instrumento, dócil y pronto, en manos de los divinos gobernadores de naciones y razas, entonces no puede ni debe permanecer inactivo o neutral, porque en esa guerra se están resolviendo los propios intereses

de él que son los mismos del mundo; no puede, no debe abstenerse de servir a los principios espirituales de justicia, porque ha hecho promesas de corazón y pensamiento de servirlos, y no se quebranta el voto sin que caiga sobre él la sombra y la vergüenza de los desertores; no puede tampoco debe rehuir la manifestación, a través de su naturaleza, de las inspiraciones de la ley divina, sin convertirse en un falso devoto de la sagrada causa de los Maestros en la humanidad. El más alto carácter de un teósofo es ser un servidor incondicional del bien; y dondequiera que ese bien se halle en peligro, él debe constituirse en su defensor, en su escudo o brazo fuerte, en su mártir, en su héroe de todos los momentos.

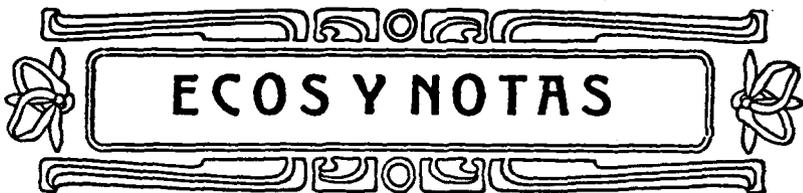
Tocante a la presente guerra europea el asunto esconde un sentido más solemne. Ya se ha tratado dicho asunto en esta Revista, hasta el grado de que forma la materia de algunos números. Para los teósofos bien informados esta guerra representa la suprema lucha de las dos Logias, Blanca y Negra, de antiguo entablada, que se decide ruidosa y bravamente en el plano exterior. A propósito, hay un fenómeno muy notable que merece recordarse, como prueba evidente de que tanto la una como la otra Logia tienen sus soldados en todas las latitudes, o de que esta guerra por lo tanto, presenta la importancia de un suceso profundamente universal. Nos referimos a la manera cómo el mundo se dividió en dos bandos en el momento mismo en que principió a humear Bélgica bajo los cañones alemanes. Nadie consultó pruebas ni causas para fallar sobre la enorme guerra. Cada uno se sintió inclinado a uno u otro campamento, por una simpatía espontánea que le brotaba del fondo de su naturaleza, como si fuera innata, como irresistible, como si de antemano cada quien estuviera alistado bajo los ejércitos de las águilas negras o bajo la justicia clarísima de las banderas de los aliados. Cada individuo pareció moverse a su cuartel, incorporarse a su regimiento, entrar en la zona de fuego con su aporte entusiasta de pensamiento, de voluntad, de brío, de convicción heroicamente defendida. Los unos sufrían, sufrían y lloraban con los niños mutilados, las mujeres violadas y fusiladas, con el saqueo y el incendio de las ciudades, con la tremenda agonía de Bélgica inocente. Los unos sufrían por la proclamación del cesarismo divino a presencia misma del siglo que lo había disipado con el influjo de sus luces; sufrían porque prendas del valor de la caballería y de la buena fe, se tiraban lejos como baratijas, en cambios de principios de este tamaño: "la necesidad no tiene ley," "los tratados son unos pedazos

de papel." Había quien sufriera por lo que sufría todo el lado espiritual de la civilización. Mientras tanto los otros palmoteaban al aire, con no menos fruición que los ebrios incendiarios de Visé, Lovaina, Marsage, Wavre, Termonte etcétera, palmoteaban ruidosamente la desaparición de todo sentimiento de honor, se alegraban de que la dignidad y la inocencia y la virtud cayeran sacrificadas en los hogares, en pueblos enteros, sobre el pánico de los caminos. Así, cada individuo en cada latitud, peleaba bajo su bandera. En el Africa, en el Asia, en la Oceanía, en la América, en el secreto de los aposentos lo mismo que en la prensa de las naciones, libraban la gran batalla, con el pensamiento que equivale a una fuerza, con el corazón que equivale a una vida, los soldados de ambas Logias. Tal la verdadera significación de este momento extraordinario.

Verá por todo esto, el señor preguntante, que la neutralidad equivale a un crimen lleno de cobardía y deshonor, incapaz, absolutamente incapaz de asumirla el teósofo que lleva en sí el bien y la elevación de las sociedades.

JUAN DE SALES.





ECOS Y NOTAS

“Dharma”.

Inconvenientes de diversa naturaleza nos impidieron la salida oportuna de nuestra Revista en el trimestre anterior. A esa causa se debe el mayor volumen en que aparece hoy. Comprende en sus páginas los meses de enero y abril. Salvadas las causas de interrupción, la Administración se halla en condiciones de atender a la salida puntual y oportuna de la Revista; y de este modo continuaremos la tarea con el mismo fervor y el mismo entusiasmo de siempre.

The Theosophical Quarterly.

El número de enero trae este resumen: *El Karma de las naciones; Dos amigos fieles; Fragmentos; Emilio Vehaeren; Un cielo poco atractivo; Pablo el discípulo; Cartas a los amigos; El desenvolvimiento de la idea islámica; El Espíritu Santo, IV, V; Sobre la pantalla del tiempo; La Fe; Revistas; Preguntas y Respuestas; Trabajos de la S. T.*

En la presente edición de DHARMA publicamos el instructivo artículo *El Karma de las naciones*, donde nuestros lectores dominarán el vasto cuadro que llena Inglaterra, Rusia, la región balcánica y la Francia gloriosa. Al mismo tiempo que se describen los defectos y las virtudes de grandes potencias, la zona colonial de la Logia Egipcia, los motivos de caídas dolorosas y de dolorosas purificaciones, se exalta sobre el fondo sacudido de la enorme tragedia la figura heroicamente radiante del inmarcesible genio francés. El destino, que tiene sus leyes, le reserva el paso de vanguardia en el próximo resurgimiento de la Europa renovada. Ya hace algún tiempo que sus alas de fénix se enriquecen con nuevas plumas bajo las cenizas del martirio, y su vuelo, nunca como ahora alto e imponderable, dará el rumbo de la humanidad futura.

Conviene hacer constar que los escritores del *Quarterly*, al descubrir el cuadro de las naciones, no obedecen a una emoción del momento, pueril y rápida. Ven de lleno, en su altura y profundidad, el alma de las cosas y de los hombres en la fulguración y complejidad del drama.

Ven, afuera, raíces y frutos. De aquí estas palabras del escrito *Sobre la pantalla del tiempo*: "Como grupo, hemos tenido muchas oportunidades, *no comunes*, de percibir a las naciones COMO SON EN REALIDAD... Así, pues, nuestra opinión debe valer algo, aun en América misma."

Música.

Nuestro compañero y amigo señor Angel Fuenmayor, de pluma ya celebrada, reúne en un breve manojito de páginas algunos apuntes sobre el origen, desarrollo y objeto de la música. Son páginas que se leen con gusto por el estilo como por la materia que considera. Opina el autor que la música culmina como el super-arte entre todas las demás, y que sobrevivirá a todas, porque brota y se difunde como la propia armonía del alma universal. El tema se desenvuelve con el doble prestigio de la gracia y de la verdad. Es una lectura que hace bien. Y mientras leíamos, íbamos en silencio pensando sobre la grandeza y la belleza del asunto, en esa actitud curiosa de excavar, según el alcance modesto de nuestras manos, en la mina maravillosa, para concluir que, en toda su extensión, el cuerpo cósmico no tiene otro significado que la magia y la potencia de una gran sinfonía. La ciencia física comprueba eso. Lo comprueba afirmando que todo es vibración, el objeto que vemos y la visión misma. De ese raciocinio sólo hay un paso a este otro: que toda cosa está constituida por el poder de una nota fundamental. Y la ciencia teosófica, agrega, que el conocimiento de esa nota constructiva, o fundamental, equivale a poseer el secreto de la vida de la cosa, de su integración o de su desintegración. Así, pues, la música puede definirse como la expresión del número de la cosa, o el número como su cantidad matemática de música; y de aquí por consiguiente, su mérito o intensidad en la perpetua orquesta de la naturaleza. Razón tuvo Pitágoras, el Maestro del silencio, cuando en la entrada de la cámara secreta de su Escuela escribió esta advertencia profunda: "Aquí no tendrá entrada nadie que no sepa *música y matemáticas*." También leemos en el Génesis: "Hágase la luz y la luz fue." Si nos inclinamos sobre el fondo de esa sentencia mosaica y revelamos sus tres factores que encierra, la voluntad, de verbo y de color, deduciremos, entonces, que Dios se hizo música y esta música se rompió en los infinitos matices de la forma universal. Esto coincide con el dicho solemne de Juan en el cuarto Evangelio: "En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era

Dios... Y el Verbo se hizo carne." Aquí se pone en evidencia el sentido substancial y divino de la música.

En todas partes, en lo que toca al simbolismo arcaico, la música bulle con la impresión de una fontana emocionante en el lado misterioso de la gentilidad, dándole riego a la raíz del alma antigua. En cuanto a la historia, va asociada al nacimiento de civilizaciones memorables. Antes que todo, se le atribuye a la música una virtud creadora y dominadora. No hay magia mayor, en efecto, que el Verbo de Dios o el sonido en la naturaleza. Merece que recojamos algunos que otros ecos que se escapan de la caja de las tradiciones primitivas, a la manera de aquellos fundadores de Cumas que iban a través de los mares ignotos guiados de noche por el sonido del bronce místico; o de los eolios de Lesbos que narran el viaje o el arribo de la inspiración poética a sus orillas, en la cabeza y la lira de Orfeo, impelidas por los vientos y las olas. Hubo una flauta en el mito que erigía ciudades. Aquel poeta guerrero de la expedición de los Argonautas desterraba la discordia con sus cantos; y una vez vió, bajo las trompetas, caer sus murallas Jericó. Siempre nos hemos inclinado ante el misterio que se esconde en la solemnidad de aquellos truenos que Juan reparte por los ámbitos del Apocalipsis. Entre los cuentos bellos de la Hélade, hay uno que pinta el viaje de los cantores armoniosos de Febo, los cisnes de Meonía, a dar la vuelta, siete veces, alrededor de la isla santa de Ortigia, para celebrar la cuna de Apolo, de la hermosa divinidad que hablaba a los dioses con la música de su lira, y quien decía: "Me agrada la dulce cítara y el arco encorvado, para anunciar a los mortales los designios de Zeo." A propósito, recordamos a la Artemisa de la Arcadia que ponía suaves, con el canto, a los rudos pastores de sus montañas.

En todo esto se observa, aun cuando sea entre líneas, la reverencia que la música imponía desde la luz misma de los santuarios. La voz de leyenda que tienen esos casos oculta *la historia verdadera*. Es tan sólo el velo del símbolo sobre *Isis*.

Opinamos con el autor: educar por la música. Así educó Grecia la cabeza de sus filósofos y el corazón de sus artistas.

Del Apure.

De San Fernando, la ciudad ribereña del Apure, donde DHARMA cuenta con el mayor número de lectores, si comparada con las otras ciudades de la República, nos escriben que se ha dado principio a una serie

de conferencias teosóficas, en la noche de cada lunes. Las conferencias son para los niños de algunas familias. Celebramos muy de veras el suceso tanto por el mérito educador que lo ilustra como por lo alto que habla de la noble cultura y del porvenir de esa laboriosa sociedad de nuestros llanos. Porque si nos advirtiéramos del exacto sentido de estos tiempos de elección cuidadosa y de orientación, de brote nuevo, de rudos sacudimientos, de la estación florida que se aproxima, sabríamos interpretar el valor de sucesos como este que comentamos. La empresa da un relieve luminoso a la parte espiritual de San Fernando; y ojalá, los otros compañeros, contribuyan con su porción de energía, a robustecer semejante labor tan llena de promesas generosas. Viene de pronto a nuestro recuerdo aquella advertencia contenida en el *Quarterly*, tocante a la extensión que tiene el destino alemán en las manos de sus teosofistas. Y así se le advierte que sólo el teosofista puede salvar a la Alemania de una desaparición definitiva. La cita se hace a propósito de evidenciar el valor extraordinario de la Teosofía en la evolución futura de las naciones; pero la advertencia sirve, además, para medir la importancia de cualquier alto movimiento que se inicie en cualquier parte. Tal concepto nos acompaña para apreciar la obra de Apure. Terminamos con Román Grin: "Un teósofo tiene y debe representar en su casa, en su ciudad, en su país, en el concierto de su raza, no una palabra, sino un noble modelo superior, sincero y leal; un método en cuanto al deber, un núcleo donde el bien se hace dinámico, un abogado, un soldado y un amigo de la elevación del mundo."

Por Libros y Revistas.

BIOGRAFÍA.—Agradecemos la que nos envía de Barcelona de España el señor R. Maynadé, de la señora Carmen de Maynadé, de cuya desencarnación hablamos en nuestro número anterior. En el relato se percibe, a toda luz, la historia de una hermosa energía que dejó ancha y fuerte su huella en la tierra española. A esto se agrega la posesión de un pensamiento nutrido de las mejores lecturas espirituales. Traductora de libros excelentes y a la vez colaboradora de algunas revistas y autora, mucho le debe la causa de la fraternidad. Trabajó cuanto pudo por ella; y ojalá encuentre asilo amable, a la sombra de la arboleda que plantó su mano, los que desfilan hacia el espíritu.

GACETA PROFESIONAL.—Hemos estado leyendo con toda puntualidad, esta luminosa Revista de Barquisimeto, y es fuerza convenir de que exhibe riqueza auténtica del pensamiento y de la cultura larenses. Escriben en ella gran número de sus profesionales; y por esto mismo, dada su índole enciclopédica, tiene la puerta abierta de todo gabinete de estudio. Deseamos que ninguna circunstancia arruine el brillante palenque a donde descende a poner su dón, o la destreza de sus méritos, los hijos más selectos de un pueblo fuerte por la multiplicidad de sus músculos morales.

TAMBIÉN hemos leído, en un folleto de 47 páginas, los *Discursos* de Carlos Blank. Cualesquiera de ellos vale el tiempo que se les consagra en gustar su prosa y en nutrirse de sus ideas. Hay cierta novedad u originalidad en la manera gentil como talla la materia de su verbo y la presenta como una obra de esmero estético, de amor, de fuerza y vida. Los hemos recogido con todo aprecio y los guardamos con cariño.

Y ENRIQUECEN, además, nuestra mesa *La Luz del Porvenir*, interesante publicación española de Valencia; *El Faro Oriental*, todo él rico en regalos espirituales; *Colección Ariel*, donde se ven los rasgos de las plumas capitales de América. A todos agradecemos el recuerdo y ponderaremos a él.

Los signos de los Tiempos.

En uno de nuestros números anteriores hablamos del Presidente de los Estados Unidos en tono de encomio, por aquella invitación que hizo a su país para que, a día fijo, elevaran el ánimo a Dios a fin de merecer la gracia de su inspiración en medio del difícil laberinto de los modernos conflictos. El acto pareció extraño por el carácter laico de la política general, pero en vista del puesto eminente del magistrado filósofo y místico, y de la espléndida cultura en cuyo centro descuella él, las almas intuitivas adivinaban en el fondo de ese solemne ademán religioso, el principio de otro ciclo, o el renacimiento de los antiguos fervores, en la psicología de la República del Norte. De todas maneras era hermoso ver el humo del ara subir de la cima de un Capitolio magnífico. Más tarde se apunta el mismo fenómeno en la vasta Rusia; y multitud de escritores de todos los matices, pregonan la transformación radical del alma francesa. Estos tres hechos son tres páginas de historia viva que dicen mucho

de la cosa nueva que se prepara y elabora dentro de los días contemporáneos. Ahora, recortamos de la prensa, estas palabras del Vice-almirante inglés Sir Davis Beatty:

“Convengamos en que, en el plan que se propone desarrollar el Dios Todopoderoso en este tremendo conflicto, no entra el que deba él terminar en un fracaso ignominioso o en una orgía de sangre. Convengamos, asimismo, que esa lucha terrible no se desarrolla al acaso, que tiene un fin determinado, y que el mundo ha de salir de ella mejor de lo que era antes de iniciarse desgraciadamente. Aceptado todo esto, se impone entonces la pregunta, hacia qué dirección llevará su plan, en ese choque, la Divina Providencia? Ya Francia nos mostró el recto sendero, surgiendo de sus ciudades en ruina con un renacimiento del espíritu religioso, admirable a todas luces! En Rusia se han amalgamado las razas que pueblan el Imperio, y no cabe duda de que en esa fusión de almas influye el sentimiento religioso que invade a todos los pueblos. Inglaterra es la única nación que, atrofiada por el estupor producido en la satisfacción falsa de una gran prosperidad material, se ha resistido hasta ahora a abrazar esa religión del espíritu, y mientras no salga de tal estado, la guerra continuará.”

Alfredo Gilede.

Este buen compañero nuestro, bibliotecario de la Rama Venezuela, desencarnó en el mes de diciembre del año pasado. Pertenecía a la clase de los hombres ecuanímes, serenos y profundos. Era como una línea clara y recta en el pensamiento, en la palabra y en la vida, hasta el punto de que no recordamos que hubiera alguna vez alterado, por la emoción violenta y disonante, la moderación simpática que culminaba como una nota perenne en su índole natural. Sirvió a la Rama en cuanto pudo y amó la causa teosófica con verdad de corazón. Ninguno de sus compañeros faltó en su lecho de moribundo, y lo vimos partir como había vivido: sereno y fuerte. Fue bueno, fue honrado, fue incontrastable en sus convicciones y en su deber; y en la corona, antes suave que triste, puesta sobre la tierra de sus cenizas, no hubo hermano que no entretejiere una flor de cariño ingenuo y hondo. Nos dejó una huella de paz y una joya, de alto precio, en el recuerdo de su conducta.

Trabajos de la Rama.

En la sesión del 25 de marzo se leyó el Informe que la Rama dirige a la Convención Teosófica que se reunirá el 2 de este mes en New York. Aprobado en todas sus partes, propuso el socio González Jiménez que se dejara copia de aquel documento en el libro de Actas de la Rama. Lo que se votó unánimemente. El mismo socio advirtió la necesidad y oportunidad de proceder a llenar la vacante producida por el bibliotecario de la Rama, señor Alfredo Gilede, y con tal motivo fue electo, para dicho cargo el doctor Castro. Se leyeron comunicaciones de los señores Medardo Vivas Pérez, de San Cristóbal y Ramón Castro Guevara, de Barcelona, así como de otros más ausentes de esta capital, en las que solicitan su incorporación y el diploma que les acredite como miembros activos de la Sociedad Teosófica. Habiéndose verificado otros hechos de menor importancia, el Presidente declaró cerrado el acto.

El alcoholismo.

Da consuelo ver el nuevo perfil que van presentando las naciones al mejorar sus costumbres como núcleos de fuerzas morales en la humanidad. Diez y ocho Estados de la Unión americana han establecido leyes prohibitivas sobre la venta y compra de bebidas espirituosas. La medida ostenta un corte de positiva regeneración social, y nos advierte, de modo elocuente, cómo crece y se afirma en la grandeza de su moralidad puritana el alma compleja y rica del poderoso pueblo del Norte. Si se sabe por el individuo y el grupo, por el legislador prudente, por el estadista que conduce masas y tiene el encargo de ver y antever los peligros para el noble remate de su misión, si se sabe por todos, cómo el vaso de alcohol marchita las entrañas de la raza y pone un lado oscuro en la civilización, por qué falta el ímpetu público que borre la mancha o dicte la ley que proscriba el vicio? Hasta qué grado sube la responsabilidad de los individuos, de un gobierno o de un pueblo que, pudiendo, no corrigen el daño que prostituye y enerva, ni cultivan el fruto espiritual que da fuerza, juventud y vuelos? No hay hombre, o núcleo de cualquier linaje que sea, que no tenga el deber de construir, de sembrar el bien en el corazón del hermano, o de verter su gota de miel en el mundo. El alcoholismo es una vergüenza que no sabemos por qué no se repara, es un suicidio que no sa-

bemos por qué no se castiga, es un daño a la salud humana que no sabemos por qué no se remedia. Todas estas anomalías sólo explican la ausencia lamentable de un dinamismo benéfico contra los vicios tradicionales, dinamismo sostenido, ininterrumpido, pleno, en el cual combinada la acción de gobiernos y pueblos, venga a formar como una especie de compacto bloque brillante de propia purificación y nobleza. El ejemplo de los diez y ocho Estados americanos implica entre otras cosas, dos buenas: la verdad de un hecho cumplido en la evolución del gran pueblo del Norte y la promesa de un hecho posible en la evolución de la América. Así sea para honor del futuro.



LIBROS DE VENTA

en la Biblioteca de la Sociedad Teosófica

Canónigos a Esperanza número 38

CARACAS

LA VOZ DE LA INDIA.....	B. 1,50	EL SELLO DE SALOMON.....	B. 2,50
FILOSOFIA DE LA ALIMENTACION.....	2,50	MORALISTAS GRIEGOS	4.
EL HOMBRE Y SUS CUERPOS.....	2.	GUIRNALDAS DE AMOR	2.
LUZ EN EL SENDERO.....	1,50	DEUDA FATAL	4.
LA VOZ DEL SILENCIO.....	1,50	TRAGEDIAS DE ESCHILO	4.
DOCTRINA DEL CORAZON	1,50	SABIDURIA DE LOS UPANISHADS..	1.
EL PODER DEL PENSAMIENTO, SU		CONFUCIO	1.
DOMINIO Y CULTURA	2.	FILOSOFIA ESOTERICA DE LA INDIA	2,50
VEGETARISMO Y OCULTISMO.....	75	VISLUMERES DE OCULTISMO.....	8.
LA CLAVE DE LA TEOSOFIA.....	8.	LA MEMORIA DE LOS NACIMIENTOS	
EL RESPETO A TODO SER VIVIENTE		PASADOS	1,25
EL HOMBRE; FRAGMENTOS DE UNA		COCINA VEGETARIANA	4.
HISTORIA OLVIDADA	3.	EL TESORO DE LOS HUMILDES.	1,50
NUESTRA RELACION CON LOS NI-		ZANONI	8.
SOS	75	LA RAZA FUTURA	4.
HACIA EL TEMPLO	3,25	CARTAS QUE ME HAN AYUDADO..	2.
REENCARNACION EN EL NUEVO		EL CORAN	4.
TESTAMENTO	1,25	HACIA LA GNOSIS	4.
EL SISTEMA AL CUAL PERTENE-		JUNTO AL HOGAR.....	4.
CEMOS	1.	SENECA	4.
CREENCIAS FUNDAMENTALES DEL		OJEBADAS EN EL SANTUARIO	4.
BUDDHISMO	2.	EL DHAMMAPADA Y EL NARADA	
APOLONIO DE TRANA	2,50	SUTRA	3,25
PITAGORAS	4.	CLARIVIDENCIA Y CLARIAUDIEN-	
BHACAVAD GITA	3.	CIA	2,50
EL DESPERTAR	2.	LA BARBARIE CRISTIANA EN EU-	
LA INICIACION	3,50	ROPA	1,50
LO QUE ES LA TEOSOFIA	2,50	FRATERNIDAD LEY DE LA NATU-	
EL UMBRAL DEL MISTERIO	4.	RALEZA	1,50
FILOSOFO AUTODIDACTO	4.	VISLUMBRES DE OCULTISMO(TE-	
EL BUDDHISMO ESOTERICO	2,50	LA)	2.
EL MUNDO OCULTO	8.	BOSQUEJOS TEOSOFICOS	1,50
PROTECTORES INVISIBLES	3.	ECOS DEL ORIENTE	1,50
MANUAL TEOSOFICO Y CONSTITU-		LA SABIDURIA ANTIGUA	5.
CION SEPTENARIA	2.	LA INICIACION	3,50
CIENCIA OCULTA EN LA MEDICINA		EL PLANO ASTRAL Y EL DEVACHAN	2,50
MAGIA BLANCA Y NEGRA	5.	FORMAS DEL PENSAMIENTO EN	
LOS TRES SENDEROS DE PERFEC-		COLORES	14.
CION	2,50	EL HOMBRE VISIBLE E INVISIBLE	
LEYES DEL DESTINO	4.	(COLORES)	13.
EL CRISTIANISMO ESOTERICO.....	6.	KARMA	1,50
Siete GRANDES RELIGIONES.....	6.	VIDA DE JEHOASHUA	6.
EN ARMONIA CON EL INFINITO.....	4.	HISTORIA DE LOS ATLANTES.....	6.
LOS GRANDES INICIADOS	8.	LA PERDIDA LEMURIA	6.
LEYES DE LA VIDA SUPERIOR.....	1,50	EL MAS ALLA DE LA MUERTE.....	5.
A LOS PIFS DEL MAESTRO	2,50	A LOS QUE SUFREN.....	2.
EDUCACION DE LA VOLUNTAD.....	5.	LA DOCTRINA SECRETA (2 TOMOS	
CARTAS ROSACRUCES	2.	PASTA DE LUJO).....	60.
POR LAS PUERTAS DE ORO.....	3.	ISIS SIN VELO (3 TOMOS).....	30.
MAGIA EGIPCIA	2.		

NOTA.—No se servirá ningún pedido que no venga acompañado de su respectivo importe.

Para encargos dirigirse al señor Miguel Benzo.